Los Contemporáneos

Núm. 678



¡ADIOS, JUVENTUD!

Comedia en tres actos, original de los señores

CAMASSIO y OXILA

Traducida y adaptada al castellano

POR

ENRIQUE TEDESCHI y RICARDO G. DEL TORO

20 CTS.

YZQUIERDO DURÁ

Los Contemporáneos

Año XIV.—Núm. 678
19 Enero 1922

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

¡ADIÓS, JUVENTUD!

ACTO PRIMERO

Una espaciosa alcoba empapelada, en una casa de huéspedes. Mesa de trabajo en primer término izquierda cargada de libros, papeles, plumas y tintero de cristal. Sobre la mesa un estantillo lleno de librotes, y pendiente del techo una lámpara eléctrica con pantalla de papel. En el centro del foro, puerta que da a un pequeño recibimiento, en el que hay otra puerta que da a la escalera. A la izquierda de la puerta, una cama de hierro cubierta con una colcha rameada. Entre la cama y la mesa de trabajo, una ventana, cuyas vidrieras abren hacia la escena. Debajo de la ventana una mesilla de noche, sobre la que hay una botella de agua y un vaso, dos o tres periódicos, unos cuellos, un paquete de cigarrillos y una palmatoria con una vela. A la derecha del foro, una cómoda, y encima, colgado de la pared, un antiguo retrato al óleo de un señor muy grave. Bajo este retrato hay cruzados un pito de verbena y una banderilla. En las paredes, caricaturas en colores, de periódicos ilustrados. Lateral derecha segundo término, una puerta; en primer término un sofá antiguo que hace juego con el mobiliario. En la habitación se nota el desorden propio de un cuarto de estudiante. Ropas sobre las sillas, libros por todas partes, etc., etc. Son las últimas horas de una tarde del mes de Marzo.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, ALBERTO *está sentado a la mesa, estudiando. Pasado un momento,* JUANITA *entra de puntillas y le tapa los ojos con las manos.*

ALBERTO (*Estremeciéndose.*)—¡Ah, ladronzuela!

JUA.—¡Calla, que está ahí mi madre!

ALB. (*Quiere cogerla por la cintura y abrazarla, pero ella huye de puntillas; él la persigue, de puntillas también, para no hacer ruido.*)—¡Ven aquí!

JUA. (*Huyendo.*)—¡No quiero!

ALB.—¡Ven aquí! (*Tropieza con una silla, que se cae con estrépito. Los dos se quedan inmóviles.*)

JUA.—¡Ay!

ALB.—¡Maldita sea!

ROSA. (*Dentro.*)—Pero, Juanita, ¿qué demonios haces?

JUA.—Nada, mamá.

ALB. (*Fingiendo.*)—¡Juanita, haga usted el favor de tener un poquito de cuidado!

JUA. (*En voz baja.*)—¡Tonto!

ROSA. (*Apareciendo en la puerta.*)—Pero ¿no ves que estás molestando al señor doctor?

JUA.—Venía a arreglarle la cama... Ya es casi de noche.

ALB.—Y... sin querer ha tropezado.

JUA.—Es que...

ALB.—Por esta vez la perdonaremos; ¿no le parece a usted, doña Rosa?

ROSA.—Es usted más bueno que el pan. Esta, en cambio, es más atolondrada..., nunca se fija en lo que está haciendo. (*Juanita amenaza a Alberto a hurtadillas.*) No sé cuántas veces se lo tengo dicho: Niña, no molestes al señor doctor cuando esté estudiando. Dentro de dos meses tiene que licenciarse. ¿Tú te figuras que sacar un título de médico, es tan fácil como hacer un sombrero.

JUA.—¡Pero si he entrado de puntillas!

ALB.—Es que al hombre consagrado a la ciencia, le perturba hasta el ruido más leve.

JUA.—¡Embustero!

ROSA.—Bueno, cuidadito con lo que se hace... No la haga usted caso, señor doctor. Cuando vuelve del taller parece que entra en casa un torbellino. ¿Por qué no quiere usted que le traslademos la cama a ese otro cuarto? Con eso éste le serviría sólo de despacho y estudiaría usted más tranquilo, sin que nadie tuviera que venir a molestarle.

ALB.—Muchas gracias, señora, no hace falta. Llevo ya dos años aquí de huésped y me he encariñado con esta alcoba... Además, ya para lo que falta..., en cuanto tome el título, dentro de dos meses, no tengo más remedio que volverme a mi pueblo.

ROSA.—¿De seguro que sus padres de usted, vendrán a Madrid el día en que usted se doctore, no?

ALB.—¡Ya lo creo! Con las ganas que tiene mi padre de llamarme doctor.

JUA.—¡En las cartas ya se lo llama a usted desde hace que sé yo cuantos años!

ALB.—Sí, pero todavía no lo soy... Me sucede lo mismo que a usted, la llamamos señorita, y todavía no lo es usted.

JUA. (*Con picardía.*)—¿Ah, no? ¿Y qué soy, si se puede saber?

ALB. (*Riéndose.*)—Una niña.

JUA.—¿De veras?

ALB.—Sí, señora. ¿Qué se creía usted?

ROSA.—Tiene razón, don Alberto..., es una chiquilla.

ALB.—¡De dos o tres años!

JUA.—¡Como que ya me falta poco para no haber nacido todavía!

ROSA.—Como se pasa el día adornando sombreros, se ha convertido ella también en una pluma, en una cinta... Revolotea, salta, da brincos encima de la cama y de repente se pone triste y se echa a llorar sin saber por qué...

ALB.—Lo mismo que los niños de año y medio. ¿No se lo decía yo a usted?

JUA.—Bueno, mamá. Vamos a dejar al señor doctor entregado a su ciencia. De un momento a otro van a venir a buscarle sus amigos y no se va a saber la lección.

ALB.—Me quedaré sin postre.

ROSA.—Ea, pues arregla la cama como es debido... y despacha pronto. Yo voy a salir un momento. Ten cuidado con la casa, ¿eh? (*Hace mutis.*)

ESCENA II

JUANITA *y* ALBERTO. *Pausa.*

JUA. (*Abalanzándose de repente sobre Alberto y agarrándole de los cabellos.*)—¡A pedirme perdón inmediatamente!

ALB.—¡Ay! ¡Que me haces daño!

JUA.—A pedir perdón.

ALB.—¡Por Dios, Juanita, ten lástima de mí! ¡Ay!

JUA.—¿Qué me das si la tengo?

ALB.—Qué interesada eres.

JUA. (*Otro tirón.*)—¿Qué me das?

ALB.—Lo que quieras.

JUA.—¿No te figuras lo que quiero, tonto?

ALB.—No.

JUA. (*Tirándole otra vez del pelo.*)—¡Embustero!

ALB.—¡Ay..., sí..., sí! ¡Te daré ciento! ¡Mil! (*Juanita le suelta, Alberto la llena de besos que ella procura esquivar tapándose la cara con las manos.*) ¡Toma..., toma!... En estas manitas crueles... ¡Toma..., toma!... En estos ojitos impertinentes... ¡Toma!... En esta boquita descarada...

JUA. (*Defendiéndose mientras la besa.*)—¡Basta! ¡Que me ahogas!

ALB. (*Cogiéndole la cara entre las manos.*)—¿De quién es usted?

JUA.—De un mamarracho que se llama Alberto. ¿Me quieres?

ALB.—¡Más que a mi título de doctor!

JUA.—¡Valiente cosa!

ALB.—¡Anda, valiente cosa! ¡Cinco años de estudios! Y qué estudios.

JUA.—Pues yo te quiero a ti más que al Cine.

ALB.—¿De veras? Eso me conmueve.

JUA.—Más que a mis dos trajes nuevos, más que mi manguito blanco, más que a la música, más que al baile.

ALB.—Eso ya es demasiado; ¿qué voy a hacer yo con tanto cariño?

JUA. (*Ingenua.*)—¡Tonto! Si lo decía en broma... Te quiero de verdad, de verdad... No sé qué haría por ti... ¡hasta cosas mal hechas!... Dos años llevo viviendo sólo para ti. Por la mañana, antes de ir al taller, me acerco a la puerta de este cuarto y te mando un beso; luego me quedo un rato escuchando y me voy tan contenta.

ALB.—Ahora me explico por qué todas las

mañanas, sueño con el paraíso de Mahoma. Es tu beso.

JUA.—Dime la verdad; antes de quererme a mí, ¿cuántas novias has tenido?

ALB. (*Pavoneándose.*)—Dos o tres, pero muy poco tiempo, cada una un mes lo más... ¿Y tú?

JUA. (*Muy seria.*)—¡Yo no he tenido novio nunca! (*Alberto tose significando duda.*) Te digo que nunca, en mi vida. Te sorprende, ¿verdad? Una modistilla, bastante agradable.

ALB.—Bastante, sí, señora.

JUA.—Sí, señor, bastante. Bueno, te parece imposible que una muchacha así no le haya hecho caso nunca a nadie. Es que yo estaba decidida a no querer más que a uno que me gustase de verdad, y le estaba esperando... Hasta que por fin viniste tú de huésped a casa y me gustaste desde el primer día. Pero tú estudia que te estudiarás sin decirme siquiera: Buenos ojos tienes. Sólo un día me acuerdo que me preguntaste cómo me llamaba. Yo te contesté que Juanita, y entonce a ti se te ocurrió inventar un diminutivo precioso: Nina.

ALB.—Nina.

JUA.—Yo hacía todo lo posible para que te fijaras en mí.

ALB.—Y yo no te miraba por hacerte rabiar.

JUANITA. (*Pellizcándole.*)—¡Sinvergüenza! ¡Una noche te pusiste de frac!, ¿te acuerdas? Y a mí me pareciste tan guapo..., ¡tan guapo!, que se me cayó la palmatoria que llevaba en la mano.

ALB.—Y... entonces...

JUA. (*Con rubor.*)—Entonces..., entonces..., tú te aprovechaste de la obscuridad (*En voz baja.*) para darme un beso.

ALB. (*Acercándose más.*)—¡Tenía unas ganas!...

JUANITA. (*Con infantil franqueza.*)—¡Pues y yo!

ALB.—Calla. Aquí viene la pandilla.

ESCENA III

JUANITA, ALBERTO, HILARIO, CARLOS *y* MANUELA. DOÑA ROSA *pasa por el foro y desaparece sin entrar en escena. Hilario es sumamente miope y usa lentes; lleva un impermeable al brazo, smoking, chaleco de fantasía, pantalón claro y zapatos de charol. Carlos de capa, muy elegantón, sombrero hongo. Manuela de abrigo y toquilla a la cabeza.*

HIL.—¿Eh? ¿Qué os decía yo? Estaban estudiando anatomía a lo vivo.

CARLOS (*Viendo el libro abierto sobre la mesa.*)—¿Pero sería capaz de estudiar este miserable?

HIL.—¡Sí, con Juanita!

JUA.—¡No, señor, solo! Para que no le pase lo que a usted. Que cada vez que se presenta a examen dicen los bedeles: "Ya está ahí el tarugo de todos los años."

HIL.—¿Tarugo yo? ¡A ver! ¿Quién recoge el insulto de esta señorita?

ALB.—Servidor.

HIL.—¡Me darás una satisfacción!

ALB.—Y dos capones.

CARLOS. (*Azuzándolos.*)—¡Anda, valiente!

MAN.—¡Animo, ánimo!

JUA. (*Arrancando el impermeable de manos de Hilario y dándoselo a Alberto.*)—¡Aquí tienes un arma de combate!

ALB.—¡Venga!

CARLOS.—¡Dejadles terreno!

MAN.—¡Yo seré juez de campo!

HIL.—¡No; eso no vale! ¡Mi impermeable, no! ¡Que está sin estrenar!

ALB. (*Dándole un golpe con el impermeable.*)—¡Defiéndete!

HIL.—¡Bromitas con el impermeable, no! Que es la primera vez que lo saco a la calle.

MAN.—Pero si hoy hace sol.

HIL.—Es que lo tengo hace dos meses y no he podido lucirlo todavía. (*A Alberto.*) ¡Trae ese monumento!

JUA.—Primero que te pida perdón por haberte desafiado.

HIL.—¡Eso nunca! (*De un salto se sube a la cama y hace ademán de meterse en ella.*)

JUA.—¡No! ¡En la cama, no!

HIL.—¡Es mi trinchera! ¿Me devolveis el impermeable?

CARLOS.—¡Dáselo ya!

ALB.—¡Nunca!

HIL.—¡Pues me zampo dentro!

ALB.—¡No, bárbaro, no!

HIL.—Y que tengo las botas llenas de barro.

JUA.—¡Que me está ensuciando la colcha!

HIL.—¿Me das el impermeable?

CARLOS.—Dáselo de una vez.

ALB.—Cedo las armas.

HIL. (*Bajando de la cama.*)—Y yo... (*Tomando el impermeable.*) ¡Dios mío! ¡Se le ha caído un botón!

ALB.—Bueno, ¿y a qué habeis venido?

MAN.—A invitarle a usted a una asamblea.

ALB.—¡Es verdad, no me acordaba!

JUA.—¿Qué asamblea es esa?

CARLOS.—Una reunión de estudiantes para nombrar la comisión permanente de huelgas. Querían hacerme presidente, pero yo voy a proponer la candidatura de Alberto.

ALB. (*A Hilario.*)—¡Hombre, eso me conmueve!

HIL. (*Atento a buscar su botón.*)—¡Déjame en paz!

MAN.—¡ Pido la palabra! (*A Carlos.*) Y tú, ¿por qué no la aceptas?

JUA.—Alberto tiene más cara de presidente. (*A Hilario.*) ¿Verdad?

HIL. (*Huraño.*)—¡ No sé nada! (*Sigue buscando.*)

MAN.—Sí; pero Carlos es abogado y tiene más facilidad de palabra.

JUA.—Y Alberto es médico y podrá asistir a los contusos.

MAN.—Esa es una opinión tuya. ¿Dónde se va a poner la medicina con la elocuencia? Cedan armas togas.

JUA.—O lo que es lo mismo. ¡Dónde se va a poner tu Carlos con mi Alberto!

MAN.—¡ U viceversa!

JUA.—¡ Con viceversa y todo!

ALB. (*A Carlos.*)—Pero ¿estás oyendo?

CARLOS.—¿Queréis dejar esa discusión?

JUA.—No, señor... Que es una envidiosa... ¡ Todo lo quiere para su Carlos!

MAN.—Pues no que tú. ¡ Estás *aliene juris* por tu Alberto!

JUA.—¡ Oye tú Cuidadito con insultar, que estoy en mi casa.

CARLOS.—¿Pero qué va a ser esto?

ALB.—¡ Se acabó la discusión!

MAN.—Pero si es ella la que ha empezado.

JUA.—Eres tú que me insultas en francés.

ALB.—Se terminó. A darse un beso inmediatamente.

JUA.—¿Yo?

CARLOS. (*A Manuela.*)—¡ A besarse!

MAN. (*Como acatando sus órdenes. A Juanita.*)—¡ Ven aquí, renacuajo! (*Se besan.*)

ALB. (*Abrazando a Juanita.*)—No hay más remedio que imitarlas.

CARLOS. (*Abrazando a Manuela.*)—Venga usted acá.

HIL. (*Que ha seguido buscando se interpone entre las dos parejas con una cerilla encendida.*)—¿Y para mí, no hay nada? (*Llora. Todos ríen.*)

ALB.—¡ Pobrecillo!

MAN.—¡ Tan solo!

JUA.—¡ Tan abandonadito!

CARLOS.—Pero, hombre, ¿no eres capaz de buscarte una novia?

HIL. (*Incorporándose de un salto.*)—¿Yo? (*Pausa. Con gesto muy amplio.*)—¡ Ya la tengo!

CARLOS.—¿Y dónde está que nunca se la ve?

HIL.—Es que yo no soy como vosotros, que os conformais con una simple modistilla.

JUA.—¿Pero qué dice este miope?

MAN.—¡ Oiga usted..., *so infrasquito!*

HIL.—No se ofenda usted..., mi novia...

CARLOS.—Que es invisible...

HIL.—¡ Claro, no la veis conmigo, porque teme comprometerse!

JUA.—¿Es la que le viste a usted?

HIL.—No, señores. Es... ¡ una duquesa!

(*Le acometen los tres a la vez que dicen su bocadillo.*)

ALB. (*Deteniéndolos.*)—¡ Quietos! (*Todos se detienen. Va a abrir la ventana de la lateral izquierda, y grita mirando hacia afuera.*) A callar todo el mundo un momento.

CARLOS.—¿Qué haces?

ALB.—Abrir la ventana para que salga la bola. (*Todos ríen.*)

HIL. (*Amoscado.*)—Sí, sí, reiros, imbéciles.

JUA.—¡ Ay, amor, cómo me has puesto!

ALB.—Pero, ¿quién va a hacerte caso con esa indumentaria? ¡ Fijaos! Pantalón de verano, chaleco de fantasía, smoking y un impermeable. ¿Me quieres decir para qué te sirve el impermeable en primavera?

HIL.—Para taparme el smoking. He empeñado el traje en cuatro duros, y no iba a salir a la calle de etiqueta.

JUA.—¿Y así quiere usted que le hagan caso las duquesas?

HIL.—¡ Y que está loca perdida por mí! En cambio yo...

MAN.—¡ El casto José!

HIL. (*A Alberto.*)—Sí, búrlate, búrlate... Tú no crees en mi gran dama, porque cada vez que nos encontramos en la escalera con esa señora que viene a visitar al joven del principal te desojas mirándola, y ella maldito el caso que te hace.

JUA. (*Furiosa a Alberto.*)—¡ Ah! ¿Conque miras a una señora?

ALB.—¿Pero vas a hacerle caso a este idiota? ¡ Cómo voy a mirarla, si trae la cara cubierta con un velo espesísimo!

JUA.—¡Pues la has mirado! Si no, ¿cómo sabes que lleva ese velo?

ALB.—¡ Ni que uno fuese ciego!

CARLOS.—¡ Vaya! No hay que hablar más de eso y a cenar, si es que queremos ir a la asamblea.

MAN.—Tiene razón éste. A cenar.

ALB.—Hasta la noche

CARLOS.—Yo vendré a recogerte.

HIL.—Y yo.

ALB.—Como queráis. (*Sale primero Carlos y Manuela por el foro, y desaparecen por la puerta que hay en el forillo.*)

JUA. (*A Alberto.*) — ¿Vas a seguir estudiando?

ALB.—Un par de horas.

JUA.—Entonces te dejo...

ALB.—Sí, adiós. (*Se va Juanita por la lateral derecha. Alberto detiene a Hilario, que va a salir por el foro.*) Oye, Hilario...

HIL.—¿Qué?

ALB. (*Rápido y en voz baja.*)—Esa señora..., la del velo...

HIL.—¿Cuál? ¿Mi duquesa?

ALB.—No, la otra..., la del principal...

HIL.—¡ Ah! Ya sé... Sí... creo que viene por mí... La he sorprendido dos veces vol-

viendo la cabeza para mirarme cuando subía... Otra que vacila... Adiós. (*Se va por el foro.*)

ALB. (*Pausa. Se queda mirando a Hilario.*) ¡Bah! No es posible... (*Se dirige a la mesa de trabajo y se sienta, disponiéndose a estudiar.*)

JUA. (*Entra por la derecha; trayendo en la mano una jarrita de cristal con un puñado de flores encarnadas.*) — ¡Chist!... ¡Silencio! (*Las coloca sobre la mesa, al lado de Alberto, el cual se vuelve al sentirla, pretendiendo abrazarla.*) A estudiar...

ALB.—¡Qué buena eres!

JUA. (*Zafándose.*)—¡Quietecito!... ¡A estudiar!... (*Desaparece por donde entró.*)

ESCENA IV

Pausa muy prolongada. Hilario, al salir, ha dejado la puerta del foro y la del forillo abiertas, sin que se haya dado cuenta Alberto, que sigue estudiando. De repente entra por el foro, asustadísima y con precipitación, Elena; lleva cubierto el rostro con un velo tupido y viste con mucha elegancia.

ELENA (*Temblando y con voz débil.*)—¡Cierre usted!... ¡Cierre usted, por Dios!...

ALB. (*Levantándose sorprendido.*) — ¿Eh?

ELENA (*Con cierto imperio.*) — ¡Vamos, pronto!

ALB. (*Obedece.*)—Voy..., voy...

ELENA.—Perdón..., dispense usted. Y si llaman, haga usted el favor de no contestar.

ALB.—Descuide usted... Pero tranquilícese usted..., tome asiento...

ELENA (*Sentándose en el sillón de estudio.*) Ya no puede entrar nadie, ¿verdad?

ALB. (*De pronto, dándose cuenta de que está abierta la puerta lateral derecha.*)—Ahora ya estamos solos... y encerrados...

ELENA.—¡Ay, no puedo más!

ALB.—¿Quiere usted beber alguna cosa?

ELENA.—Sí...; hágame usted el favor...

ALB. (*Va por una copa, que llena de agua.*) Tome usted, está muy fresca... (*Elena toma la copa y bebe con mano temblorosa.*) Pero cómo tiembla usted... ¿Quiere usted que la ayude? (*La sostiene la mano.*)

ELENA.—Muchas gracias... (*Bebe.*)

ALB.—No tema usted nada. Aquí nadie la molestará... Está usted a cubierto de todo peligro.

ELENA.—¡Qué miedo tan terrible he pasado!

ALB.—La repito que se tranquilice. Tenga confianza en mí, que soy un muchacho decente...

ELENA.—Ya..., ya lo veo... ¡Ay, si llego a tropezar con otras personas..., con otros hombres!... ¡Qué hubiesen pensado de mí! Pero no podía dar un paso más...; venía siguiéndome un hombre que yo no quería que me viese; subí esa escalera enloquecida, vi esa puerta... y entré, sin pensar en nada más que en salvarme... ¿Me hace usted el favor de otro vaso de agua?

ALB.—En seguida. (*Va por él.*)

ELENA.—¿Qué pensará usted de mí?

ALB.—Pues... que se ha equivocado usted de piso.

ELENA.—¿Cómo?

ALB.—¿Usted cree que habiéndola visto siquiera una vez, puede olvidarse esa figura de princesa?

ELENA.—Es usted muy amable. De modo que...

ALB. (*Siguiendo el razonamiento.*) — Que creo reconocerla...

ELENA (*Alarmada.*)—¿Eh?

ALB.—Sí, la he visto a usted con alguna frecuencia, y siempre con ese velo que la oculta, subir las escaleras de esta casa, y si he de serla franco, he envidiado, y no poco, al afortunado mortal que la estaba esperando... Pero no me explico el motivo por que la persiguen...; es decir, lo sospecho... ¿Acaso algún enemigo?

ELENA.—No.

ALB.—Entonces..., un amigo... enemigo...

ELENA.—Tal vez.

ALB.—Sea quien sea..., no ha de entrar aquí, se lo juro... Conque no tema usted nada y levante ese velo, si le place.

ELENA.—¡Ah, no! Eso sí que no.

ALB.—¿Me cree usted un curioso impertinente? ¡Basta! Continúe usted envuelta en su misterio. Es casi de noche y apenas se ve. Está usted en su casa, y puede mandar como dueña. No hablemos más. Seguirá usted siendo una incógnita para mí. Ni yo la he visto a usted, ni usted ha entrado aquí, ni sé nada. ¡Ah!, y puede usted marcharse cuando le convenga.

ELENA.—Perdón. ¿Se ha enfadado usted?

ALB.—¿Yo? No, señora...

ELENA.—Sí..., un poquito..., no lo niegue usted... Por lo menos, una poquita de curiosidad, no podrá usted menos de sentir...

ALB.—¿Una poquita?... No, señora. ¡Ponga usted una montaña de curiosidad! Pero he dicho que soy un caballero y debo portarme como tal..., aunque sea de mala gana.

ELENA.—¿Por qué?

ALB.—¡Vaya una pregunta! ¿Le parece a usted poco suplicio el mío? Miro y no puedo ver... Huelo el perfume y no contemplo la flor... Apenas si he vislumbrado sus labios al beber... Sé que es usted hermosa y... presiento..., no sé..., casi aseguraría...

ELENA.—¡Hombre!, tiene gracia. ¿Y cómo se las arreglaría usted para saber todo eso?

ALB.—Por lógica. Un hombre corría detrás de usted, y los hombres, por lo regular, no corren más que detrás de las mujeres guapas... Usted no tiene más remedio que ser guapa. Además, su voz...

ELENA.—¡Oh! Lo que es la voz...

ALB.—Las feas, generalmente, tienen la voz humilde..., apagada..., parece que ocultan entre sus pliegues alguna cosa, su melancolía tal vez. Las bonitas, en cambio, hablan con cierta altanería... hasta cuando rezan... Saben que pueden, y el sonido de su voz es siempre firme, decidido, imperioso... Dicen, por ejemplo: ¡Cierre usted! ¡Cierre usted, por Dios!... ¡Vamos, pronto! Una fea no hubiese añadido eso de "¡Vamos, pronto!"

ELENA.—Es usted un observador finísimo...

ALB.—¿De manera que no lograré saber ni ver?...

ELENA.—¿Tanto le interesa a usted?

ALB.—Muchísimo.

ELENA.—Y... ¿qué prefiere usted: ver o saber?

ALB.—Las dos cosas.

ELENA.—¡Una!

ALB.—¡Las dos!

ELENA.—¡No! ¡Una!

ALB.—¿Ve usted? El imperio de la belleza. Hay que decidirse por ver.

ELENA.—¿Y si sufre usted una decepción? Recuerde que no hay embustera más tremenda que la fantasía...

ALB.—Tengo la seguridad de que esta vez no me engaña...

ELENA.—Piense usted también que nos habremos de encontrar y no debemos ni saludarnos...

ALB.—Lo cual resultará no tan sólo muy raro, sino hasta un poquito romántico e interesante.

ELENA.—Y ¿no hablará usted con nadie de mí?

ALB.—Se lo prometo.

ELENA.—Es usted muy joven todavía...

ALB.—No tanto como usted se figura... Casi soy doctor.

ELENA.—¡Figúrese usted!

ALB.—Y sé guardar el secreto profesional. Además, los hombres sabemos guardar los secretos ajenos.

ELENA (*Riendo.*)—Es que... este secreto... también es un poco de usted.

ALB.—¿Mío? Nada de eso. De usted nada más... ¿De qué se ríe usted?

ELENA.—De nada. (*Sigue riendo.*)

ALB.—¿Por qué se ríe usted?

ELENA.—¿Quiere usted saber quién era la persona que me perseguía?

ALB.—Sí, diga usted.

ELENA.—Era... una mentira.

ALB.—¿Una mentira?

ELENA.—Como usted lo oye. ¿Quién había de venir detrás de mí?

ALB. (*Desconcertado.*)—Entonces...

ELENA.—Entonces... esto quiere decir que he venido aquí impulsada por la curiosidad. ¿Es un tantico estrambótico? ¿Verdad? Pues así soy yo. Nos hemos encontrado varias veces en la escalera y me ha mirado usted de un modo, que me han entrado deseos de conocer de cerca a un muchacho que parecía tan alegre, tan despreocupado..., tan joven...

ALB.—¡Ah! Sí... (*Dudando de seguir hablando.*)—Le advierto a usted que sé perfectamente a quien visitaba usted en el piso de abajo.

ELENA.—Sabrá usted entonces que esa persona se ha mudado hace tres días. Por casualidad yo pasaba ahora por delante del portal, he visto salir a sus amigos de usted y he tenido el capricho de conocerle personalmente. Subo las escaleras, y, al llegar a esa puerta, he temido que usted se forjase quién sabe qué ilusiones sobre mi visita, y por eso se me ocurrió fingir lo de la persecución. ¿Qué le parece mi osadía?

ALB.—Que no es completa si no se decide usted a dar la cara.

ELENA.—No; ahora, no. Esta noche voy al Real. Vaya usted también, y podrá verme, si tanto empeño tiene.

ALB.—¡Ya lo creo! ¿Y cómo la conoceré a usted?

ELENA.—Estaré en una platea..., iré de negro..., llevaré unas flores en el pecho...

ALB. (*Cogiendo precipitadamente las que dejó Juanita sobre la mesa de trabajo.*)—¡Estas!

ELENA (*Con agrado.*)—¡Ah!

ALB.—Así la reconoceré a usted inmediatamente...

ELENA.—Muchas gracias. Sí, señor. ¿Está usted satisfecho?

ALB.—Y encantado.

ELENA.—Deme otra vez su palabra de no contar a nadie esta visita tan rara.

ALB. (*Con tristeza.*)—Le doy mi palabra.

ELENA.—Ahora haga usted el favor de asomarse a esa ventana y decirme si hay en la calle un auto pintado de azul.

ALB.—A dos pasos del portal.

ELENA.—Gracias; es el mío.

ALB.—¿De usted?

JUA. (*Desde dentro, lateral derecha.*)—¿Con quién habla usted, Alberto?

ELENA (*Asustada.*)—¡Ay, Dios mío!

ALB.—No hay cuidado; es la hija de mi patrona.

JUA. (*Desde dentro.*)—¡Que te estoy oyendo! ¡Que lo estoy viendo todo!

ALB.—Nina, déjeme usted en paz.

ELENA.—Me voy..., me voy... Abra usted esa puerta. (*Alberto obedece.*) Eche usted una mirada a la escalera... (*Alberto se asoma y vuelve en seguida.*)

ALB.—Nadie.

ELENA. — Hasta la noche..., en el Real... Adiós. (*Se va corriendo por el foro.*)

ALB.—¡Hasta la noche! (*Volviendo a escena.*) ¡Es una princesa!

ESCENA V

ALBERTO *y* JUANITA, *que entra por el foro como una furia, después de haber abierto la puerta del foro y mirando al exterior.*

JUA.—¡No he podido verla más que de espaldas! (*Va a la ventana y, después de mirar hacia la calle, cierra de golpe. La obscuridad aumenta. Se dirige a Alberto.*) ¿Quién es esa mujer?

ALB.—¡Y yo qué sé!

JUA.—¿Que no lo sabes? ¿Ha estado aquí hablando contigo y no sabes quién es?

ALB.—Pues ya lo oyes; no la conozco.

JUA.—Mentira.

ALB.—Ha entrado aquí por equivocación...: venía perseguida por... no sé quién... Es lo único que me ha dicho. Ni siquiera la he visto la cara.

ALB.—¡Como quieras!... (*Haciendo ademán de sentarse.*)

JUA.—¿Adónde vas?

ALB.—A seguir estudiando; puedes marcharte, si gustas.

JUA.—¡No me marcho!

ALB.—¿Qué?

JUA.—No me da la gana.

ALB.—¿Que no te da la gana?

JUA.—Os he oído, ¿sabes? Os he oído perfectamente. "Hasta la noche..., en el Real... Adiós. Hasta la noche." Y tú vas, ¿verdad? ¿Verdad que vas al Real?

ALB.—¡Qué he de ir yo!

JUA.—Pues yo quiero saber quién es esa señora tan antipática. Mira que si no me lo dices, y llego a descubrirlo yo sola, soy capaz de pararla en la calle y arrancarla el moño. ¡Lo que es yo no me achico!

ALB.—¿Sabes que me estás molestando más de lo preciso?

JUA.—¡Ah! ¿Conque te molesto.... te molesto yo? Pues ojo conmigo.

ALB.—Vaya; déjame estudiar; sé buena.

JUA.—¡Es que yo soy capaz de todo! ¡Tú no me conoces a mí todavía!

ALB. (*Trágico.*)—¡Mátame, si quieres! ¡He aquí mi pecho!

JUA.—¡Tonto, más que tonto!

ALB.—¿Ves? Ahora ya me estás haciendo gracia.

JUA. (*Desesperada, dando pataditas en el suelo.*)—Mira, me das una rabia, que te pisoteaba..., así..., así...

ALB.—Pues pisotéame.

JUA.—Se me ocurre una cosa. Oye, ésta es alguna de aquellas.

ALB.—¿De cuáles?

JUA.—De... aquellas... que has tenido... antes...

ALB.—¡Ah!, sí; una de aquellas.

JUA.—No. No puede ser.

ALB.—Entonces es de las otras.

JUA.—¡Hijo, no te hagas la ilusión de convencerme de que eres el amante de una señora tan encopetada!...

ALB.—¡Bah! ¡Quién sabe!

JUA.—¿Tú? ¡Pero si eres un estudiante de mala muerte!

ALB.—¡Quién sabe!

JUA.—Se habrá enamorado de tu elegancia.

ALB.—¿Me dejas estudiar, sí o no?

JUA.—Pues júrame que...

ALB.—No tengo nada que jurar. Cuando empiezas a hacer tonterías, no me gustas ni pizca.

JUA.—¿Tonterías las llamas? ¡Tonterías!... ¡Porque te quiero!... Y porque te pregunto quién es esa señora me tratas de este modo..., me insultas...

ALB.—¿Yo? ¿Pero te has vuelto loca?

JUA.—¡Pégame ya..., para lo que te falta!

ALB.—¡Lo dicho, loca de remate!

JUA. (*De pronto.*)—¡Devuélveme las flores que te he traído antes!

ALB.—¿Qué flores?

JUA.—Las que te dejé aquí en este vaso.

ALB.—Pues no las tengo.

JUA.—¿Dónde las has puesto?

ALB.—Me las he comido.

JUA.—¿Pero te comes las flores?

ALB.—Es una costumbre vegetariana. Un régimen alimenticio especial.

JUA. (*Con arranque súbito.*)—¡Mentira y mentira! ¿Ves cómo eres más falso que Judas? Se las has dado a esa señora... Sí... sí..., las llevaba en la mano... ¿Y con qué derecho se las has dado? ¿No eran mías? ¡Pues las quiero! Ahora mismo vas a ir a su casa y que te las devuelva..., ¡eso es! ¡No! No vayas... Seríais capaces de... Esto es una infamia, pero yo me vengaré, descuida. ¡Y de qué modo! ¡Ya verás, ya verás! No te figures que esto se va a quedar así, ¿sabes? (*Poco a poco rompe a llorar, y acaba gimiendo presa de una crisis nerviosa y echándose boca abajo en la cama.*) ¿Pero tú qué te has llegado a figurar? ¿Que no puedo vivir sin tí? ¡Pues, hijo, has de saber que no me haces falta ninguna! A puñados encuentro yo los novios más guapos que tú. Sólo con que me asome al balcón, ya están media docena mirando hacia arriba. Si yo quisiera... Y te advierto que tú no me importas un pito, para

que te enteres... ¡ Y yo que te quería tanto !, ¡ que estaba muertecita por ti ! ¡ Que rezaba por ti todas las noches !... ¡ Que le pedía a Dios..., bueno, pues desde hoy lo que voy a pedirle a Dios es que te salga un divieso en la punta de la nariz, pero así de grande, para que no le puedas gustar a ninguna mujer ! ¡ Poco que me voy a reír yo entonces ! ¡ Ay !, ¡ que el Señor bendito me conceda esta gracia ! ¡ Y no te figures que te voy a volver a mirar a la cara ! (*Llorando.*) ¡ Infame, infame !...

ALB. (*Acercándose a ella.*)—¡ Nina !... ¡ Nina !...

JUA. (*Tirándole puntapiés.*)—¡ Vete..., vete..., que te vayas !

ALB.—Vamos..., perdóname..., sé buena.

JUA.—No te acerques..., no me toques..., porque si te acercas...

ALB.—Pero si yo te quiero mucho, Nina... Nina de mi vida..., si yo te... (*Alberto le ha tomado una mano y se la besa, mientras que Juanita tiene el rostro tapado con la otra, y al sentirse besada se vuelve poco a poco hasta quedar sentada en la cama y pasando el brazo por detrás del cuello de Alberto, le dice con ternura infinita.*)

JUA.—¡ ¡ Te odio ! !

ESCENA VI

CARLOS, HILARIO, ALBERTO *y* JUANITA. *El escenario está a obscuras completamente.*

CARLOS. (*Entrando por el foro.*)—¡ Qué obscuridad !

HIL.—¿ Hay nublado ?

JUA.—¡ Pelmazos ! ¿ Quién les manda a ustedes meterse en lo que no les importa ? Estas son cosas nuestras.

CARLOS.—Usted dispense, nos retiramos.

ALB.—No, no. ¿ Hacemos las paces ? (*A Juanita.*)

JUA.—¿ Me prometes no ir al teatro esta noche ?

ALB.—Te lo prometo.

JUA. (*A los otros.*)—Ustedes son testigos. Me ha dado su palabra de que esta noche no va al teatro, ¿ eh ?

HIL.—¿ Y a qué obedece esa prohibición ?

JUA.—El y yo lo sabemos, y... ¡ basta !

ALB.—Eso es ; y basta.

HIL.—¡ A mí me da lo mismo !

ALB.—Anda, Nina ; no te vaya a echar de menos tu madre.

JUA.—Sí, me voy...

ALB.—Y pídele a Dios que no me salga el divieso.

JUA.—Si me engañas..., sí. Adiós.

CARLOS.—Y a nosotros que nos parta un rayo.

JUA. (*Dando luz antes de marcharse.*)—¡ Ay ! Es verdad. Buenas noches. (*Se dirige a la lateral derecha.*)

ALB. (*Acompañándola.*)—Adiós, Nina. (*Se va Juanita y apenas desaparece cierra Alberto la puerta, toma de las manos a sus amigos y les dice en voz muy baja.*) ¡ Esta noche voy al Real !

HIL.—Pero, ¿ y el juramento ?

ALB.—Con las mujeres no obligan juramentos.

HIL.—¡ Ah ! ¿ Sí ?

ALB. (*Acercándose más a ellos.*)—¡ Estoy a punto de tener una aventura de órdago !

CARLOS.—¿ Qué dices, hombre ?

ALB.—Vereis. A poco de salir vosotros entró aquí una señora pálida, temblorosa.

HIL.—¡ Caray !

ALB.—Esa que nos encontramos siempre en la escalera. Venía huyendo de no sé quién, me mandó cerrar las puertas, y cuando creía haberla librado de un gran peligro, me confesó riendo que sólo había venido por verme de cerca.

CARLOS.—¡ Sopla !

HIL.—Sí ; comprendido. Sobre poco más o menos lo que me sucedió a mí con la duquesa.

CARLOS.—¡ Anda y que te ahorquen !

ALB.—Hemos quedado citados para esta noche en el Real. (*De pronto.*) ¡ Demonio !

HIL.—¿ Qué pasa ?

ALB.—¡ Que la di palabra de no decir nada a nadie !

CARLOS.—Con las mujeres no obligan palabras. Tú mismo lo has dicho.

ALB.—Bueno, ayudadme a vestir, porque esta noche no ceno aquí. Quiero evitar otra escena con Juanita.

HIL.—O no cenes. Es lo mismo.

CARLOS.—¡ Chico, esa es una aventura de categoría ! ¿ Es guapa ?

ALB.—Divina. Una voz que te hace estremecer de gozo, una boca, unos dientecitos... ¡ Y ahora que recuerdo !...

HIL.—¿ Qué ?

ALB.—¡ Que tengo empeñado el smoking ! Menos mal que conservo los pantalones y el chaleco. (*Son los que lleva puestos.*)

CARLOS.—No importa ; al Real también se va de americana.

ALB.—¡ Quita, hombre, a butacas, no ! Oye, Hilario, podías hacerme un favor.

HIL.—Tú dirás.

ALB.—Déjame tu smoking.

HIL.—Recuerda que tengo empeñado el terno en cuatro duros y me hace las veces de americana.

ALB.—Toma la mía. (*Se la quita.*) Gracias a que tenemos casi el mismo cuerpo.

CARLOS. (*Quitando el impermeable a Hilario, quien a su vez se quita el smoking.*) Sí, hombre, sí ; hay que servir a los amigos. (*A Alberto, mientras le pone el smoking.*) Oye, ¿ y es de postín ?

ALB.—¿Quién?

CARLOS.—Tu conquista.

ALB.—¡Como que ha venido en su automóvil! ¡Tú verás! (*A Hilario que ya se ha puesto la americana.*) Oye, ayúdame a buscar el cepillo de las botas. (*Todos buscan el cepillo por el cuarto.*) ¡Y mi calzado! ¡Pero, hombre!, ¿y ese cepillo?

HIL. (*Que está debajo de la cama.*) ¡No le veo!

ALB. (*A Carlos.*)—Busca tú también.

CARLOS. (*Mientras busca por el sofá y Alberto por la mesa de trabajo.*)—¿Y tienes esperanzas?

ALB.—¡Oh, ya lo creo! Vaya una mujer rica, rica, rica... Ya la vereis, porque supongo que me acompañareis al teatro.

CARLOS.—¡Vaya! Iremos al paraíso.

HIL.—Aunque no sea más que por conocerla.

ALB. (*Que ha encontrado el cepillo sobre la mesa de noche.*)—¡Ah, aquí está!

CARLOS (*Que con Hilario corre a la ventana.*)—¡A verla!

ALB.—Si es el cepillo; una aventura de novela con una mujer elegante... (*A Hilario.*) Sácame brillo a esa bota... La mujer que nos ha hecho desear ser célebres, millonarios. Así es la vida, amigos. (*Se levanta.*) ¡Pero esta corbata está indecente! Vaya por Dios. ¿Cómo arreglo yo esto? (*A Hilario.*) A ver, dame la tuya. (*Le arranca la corbata.*) ¡Suerte que es negra!

HIL. (*Que ha terminado de betunar, queda de rodillas ante él.*)—¿Se te ofrece algo más?

ALB.—Saber qué hora es?

HIL.—Cerca de las ocho.

ALB.—¡Caramba, qué tarde! (*Saca una chistera de su sombrerera.*) Después de todo no estoy mal.

HIL.—Hecho un figurín.

CARLOS.—Esta noche das el golpe.

ALB. (*Deteniéndole.*)—¡Ay, Dios mío, se me olvidaba lo principal! No tengo un céntimo.

CARLOS.—¿Y lo que te dieron ayer por la Osteología?

ALB.—Me lo gasté en tabaco, apenas si me quedan seis reales.

HIL.—Claro, y como una butaca viene a costar unos tres duros...

CARLOS.—¡Bah, no te apures! Hilario, cumple con tu deber; saca el importe de tu traje.

HIL.—Pero, oye, ¿y mi duquesa?

CARLOS.—Que se espere.

ALB.—Vamos, no seas egoísta. Considera que es una aventura de la que depende mi porvenir.

CARLOS.—¡Y quién sabe si su carrera! A lo mejor estas señoras tienen unas influencias...

HIL.—Pero es que yo necesito...

CARLOS.—¡Vamos, despacha y no seas idiota!

HIL.—¡Eso, despacha, despacha, y a mí que me parta un rayo! (*Dándole el dinero a Alberto.*) Toma, dame una perra gorda para el sereno.

ALB. (*Dándole una peseta.*)—Ten, lo que sobra para café. Así soy yo. ¡Ah! Búscame los guantes en la cómoda. (*Carlos va a buscarlos.*)

HIL. (*Mirando la peseta.*) — Parece de plomo.

ALB. (*En la ventana.*)—¡Qué noche tan hermosa! ¡Cómo brillan los focos en la niebla! ¿Es posible vivir sin amor en Madrid, en primavera?

HIL. (*Gritando desesperado.*)—¡Que son las ocho!

CARLOS.—Toma los guantes.

ALB.—¿Y quién sale a la calle sin abrigo? ¡Y yo que tengo el mío en casa del sastre!

CARLOS.—Que te preste Hilario su impermeable.

HIL. (*Defendiéndole.*)—¡Eso sí que no!

CARLOS.—¿Qué dices?

HIL.—¡Que no!

ALB.—¿Pero oyes lo que dice? Me le niega, se atreve a negármele el sinvergüenza. ¡Valiente amistad la tuya, chico!

HIL. (*Entregándoselo.*)— Toma de una vez y vámonos. ¡Así me de esta noche una bronquitis!

ALB.—A la calle. Anda, súbete el cuello de la americana, no te vayas a constipar. A este muchacho no se le ocurre nada. (*Subiéndoselo él mismo a Hilario. Carlos y Alberto se agarran del brazo y salen cantando.*) *¡Allons, enfant de la patrie!*

HIL.—No chilles, que te va a oír Juanita.

ALB.—¡Ay, es verdad! (*Tira besos a Juanita a través de la puerta.*)

HIL. (*Mira con lástima hacia el lateral izquierda, y le dice:*) ¡Pero qué canallas son los hombres! (*Se va por el foro cantando.*) *Le jour de gloire c'es arrivé...*

JUA. (*Abre sigilosamente la puerta lateral.*)—¡Se fué, se fué! (*Corre a la ventana y la abre.*)

ROSA. (*Dentro.*)—¡Juanita, a cenar!

JUA. (*Con rabia.*)—¡No quiero! (*Coge el vaso de las flores y lo tira por la ventana.* ¡No quiero, no quiero! (*Cae llorando en el sillón mientras en la calle se oye el ruido del vaso al caer.*) ¡Así le salga un divieso como un puño! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el primer acto, sin la cama. Son las dos de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO *y la* FLORISTA. *Entran los dos por el foro. La Florista trae una gran cesta con muchas flores. Alberto viene nervioso y agitado.*

ALB.—Ayúdeme a colocarlas.

FLOR.—A colocarlas, ¿cómo?

ALB.—Por la habitación... repartidas, así... así... (*Coge un puñado de flores y las coloca sobre la cómoda, sobre la mesa, etc.*)

FLOR. (*Ayudándole y con cierta malicia.*)—¡Ah!... Vamos..., ¿es que va usted a recibir al Señor?

ALB.—No... No es eso...

FLOR.—Entonces la que va a venir, es alguna virgen de carne y hueso...

ALB.—¡Caramba y qué lista eres, chica!

FLOR.—La costumbre. ¡He hecho tantas veces estos mismos preparativos!...

ALB.—Bueno..., bueno..., trabaja más y habla menos.

FLOR.—No se enfade usted, señorito. Yo quiero decir que cada vez que la virgen de algún buen mozo como usted, se dispone a hacer un milagro, viene una florista para las ofrendas...

ALB.—¡Claro!

FLOR.—Solo que...

ALB.—¿Qué?

FLOR.—Que su... virgen de usted por lo visto es la primera vez que entra en el templo.

ALB.—¿Y cómo lo sabes?

FLOR.—Pues... porque..., porque me ha mandado usted traer demasiadas flores. Después comprará usted sólo un ramo... y luego ni eso.

ALB.—¡Qué penetración!

ESCENA II

DICHOS, DOÑA ROSA *y* JUANITA

ROSA (*Desde la lateral derecha.*)—¿Da usted su permiso?

ALB.—Adelante, doña Rosa... ¡Hola, Juanita!

ROSA. (*Entra seguida de Juanita.*)—¡Ay, qué olor tan rico!

ALB. (*A Juanita.*)—¿No va usted hoy al taller?

JUA.—No, no me encuentro bien.

ALB. (*Sinceramente alarmado.*)—A ver, a ver, ¿qué tiene usted?

JUA. (*En voz baja a él.*)—Estoy mala de rabia.

ALB.—¡Qué enfermedad tan nueva y tan peligrosa!

FLOR. (*Que ha terminado de arreglar la habitación.*)—¿Manda usted algo más, señorito?

ALB.—No. Toma. (*Dándole dinero.*)

FLOR.—Gracias. Y que se haga el milagro por completo. (*Vase por el foro.*)

ALB. (*Echándola.*)— Gracias... gracias...

JUA. (*A Alberto con risa forzada.*)—¿Ha oído usted?

ALB.—No..., no me he fijado...

ROSA.—¡Pero qué flores tan hermosas! ¿Y qué? ¿Hoy llegan por fin sus señores padres?

ALB.—Sí, señora, hoy... Acabo de recibir carta... ¿Dónde la he metido yo?... (*Buscándose por los bolsillos.*) ¡Vaya! ¡Ya se me ha perdido! Pues, sí, hoy llegan..., y quiero recibirlos dignamente, quiero que mi madre encuentre este gabinete tan perfumado como una capilla de nuestro pueblo.

ROSA.—Ya ve usted si hemos hecho bien en quitar de aquí la cama... ¡Está muchísimo más elegante!...

ALB.—¿Verdad que sí?

ROSA.—¿Y en qué tren llegan?

ALB.—En el de las tres.

ROSA.—Pues ya son las dos. ¿No va usted a bajar a la estación?

ALB.—Naturalmente. Y luego los llevaré a dar un paseo por Madrid... Pero no se molesten ustedes en esperarnos..., tal vez no vengamos a casa hasta última hora.

ROSA.—¡Ya, ya comprendo! ¡Pobrecillos! ¡Tendrán ustedes tanto que hablar!

JUA.—Lo que yo no me explico es, cómo vienen a Madrid un mes antes de que usted se doctore.

ALB.—Pues... por eso vienen precisamente..., para animarme a estudiar con más fe.

ROSA.—Bueno, pues si se les ocurre alguna cosa, ya sabe que no tiene más que mandar. (*Vase.*)

ESCENA III

JUANITA *y* ALBERTO. *Pausa*

JUA.—¡Pero qué hipócrita eres!

ALB.—¿Qué dices?

JUA.—Que no hay más que mirarte a la cara para saber lo falso que eres.

ALB.—¡Juanita!

JUA.—Mi madre, la infeliz, se ha tragado lo de la llegada de tus padres, pero lo que es yo... ¡Ay, no, hijo, no, no!

ALB.—¡Eres muy lista!

JUA.—¡Para listo, tú! ¿Con que estas flores para tu mamaíta? Eso se lo cuentas al Nuncio. ¡Embustero!

ALB.—Muchas gracias.

JUA.—No hay por qué darlas.

ALB.—Ven aquí, fea.

JUA.—¡A mí no me convences con tus zalamerías!

ALB.—Oye, ¿es verdad que te encuentras mal?

JUA.—¿A ti qué te importa?

ALB.—Ven aquí, ¿qué tienes?

JUA.—Te tengo a ti ¡Tú eres mi enfermedad!

ALB.—¿Yo? ¡Pero si te quiero con toda mi alma!

JUA.—Entonces..., ¿para quién son estas flores?

ALB.—¿Quieres que te diga la verdad?

JUA.—Si puedes, sí.

ALB.—¿No se lo dirás a nadie?

JUA.—No.

ALB.—Mira; aquí va a venir una señora. Espera... no te asustes viene por Hilario... Ya sabes..., aquella aventurilla..., la duquesa..., bueno..., pues era verdad. Y como su cuarto no le parece bastante elegante para recibirla, y además no tiene entrada independiente como éste, pues me ha pedido, hasta poniéndose de rodillas, que le preste mi habitación un par de horas para hablar con ella.

JUA.—¡Claro! Y tú, como eres tan generoso, le has dicho que sí, naturalmente.

ALB.—¿Estás ya tranquila? ¿Ves cómo no te engaño?

JUA.—Sí..., sí... ¡Buenos estais los hombres! Yo creo que nos engañais hasta cuando nos estais besando.

ALB.—¿Sin que haya ninguna excepción?

JUA.—Había una..., ¡y se ha muerto la pobre!

ALB. (*Riendo.*)—Eso es..., y se la ha comido las moscas. ¿No me crees?

JUA.—¡Eso quisiera yo creerte, para poder estar tranquila! Pero me dice el corazón que si me trago ésta, soy tonta del todo. (*Llaman en el foro y Juanita va a abrir. Cuando ha abierto.*) Ahí tienes a Hilario.

ALB.—Me alegro; así te convencerás.

ESCENA IV

DICHOS e HILARIO, *que viene más elegante que de costumbre. Gran chaleco de fantasía, traje nuevo, gran corbata, etc., etc. Los quevedos con montaje de oro. Entra con aire decidido.*

ALB.—¡Hola, Hilario! ¡Qué puntual!

HIL.—¡Hombre! La cosa lo merece. Buenas tardes, Juanita.

JUA.—¡Viene usted radiante!

HIL.—Fíjese usted: todo nuevo ¡Como nunca! ¡Ah! ¡Y... encantado de la vida!

JUA.—¡Ya... ya se nota! ¡Como que está usted casi guapo!

HIL.—Quitemos el *casi;* diga usted guapo de una vez..., y tan contentos los dos..., la justicia y yo. (*Se desabrocha la americana.*) ¡Vaya un chalequito! ¿Eh? Así soy yo cuando me decido.

ALB.—¡Superior, chiquillo!

JUA.—¿Y a qué viene todo esto, si se puede saber?

HIL.—Misterio..., misterio y misterio... ¡Cuántas flores!... ¡Y con qué gusto tan exquisito están colocadas!... Así, así las quería yo... ¿Cuánto te debo?...

ALB.—Quince pesetas...

HIL.—Me refería al favor.

ALB.—¡Ah!... Pues... quince pesetas...

HIL.—¿Nada más? (*Dándole dinero.*) Toma, toma (*Aparte a Alberto.*) ¿Me las devolverás, ¿eh?

JUA.—Pero es de veras que...

HIL.—¿Qué?

JUA.—¿Que... espera usted aquí a una señora?

HIL. (*A Alberto, fingiendo enojo.*)—Pero, ¿qué es esto? ¿Me has vendido, miserable? ¡Y a mi secreto que lo parta un rayo!

JUA.—No se enfade usted. Ya sabe usted que soy amiga suya, y no le diré a nadie una palabra.

ALB.—No te enfades; Juanita es de confianza. Y, además, estaba celosa..., dudaba de mí..., y no he tenido más remedio que decírselo todo.

HIL.—Ya..., ya me hago cargo. Pero estas cosas son muy delicadas...

JUA.—Descuide usted, que no se sabrá nada por mí.

HIL.—Así lo espero. Y ahora, tengan ustedes la bondad de retirarse.

ALB.—En seguida.

JUA.—Y diga usted, diga usted, ¿es guapa?

HIL.—¿Que si es guapa? ¡Vamos! ¡Una tontería de señora! ¡La palabra guapa, no califica suficientemente su belleza! ¡Necesito otro adjetivo más... ponderativo! Algo así como sobrehumano..., en fin, déjenme ustedes solo... Hagan ustedes el favor.

ALB.—Lo que es yo, ya me estoy largando.

JUA.—Y yo. Ya estoy casi tranquila, me voy al taller.

ALB.—Así, así. Eres un encanto, chiquilla.

JUA.—Precisamente hoy tenía pensado empezarte a bordar la cartera que te he prometido.

HIL.—¿Qué cartera?

JUA.—Una que le voy a regalar el día que se doctore. A propósito, ¿las iniciales las quieres en oro o en seda?

ALB.—A tu gusto.

JUA.—Entonces en seda. Es más alegre... y... más barato. Y me marcho. Adiós, Hilario. ¡Un chaparrón de enhorabuenas! Las mata usted callando por lo visto. Que sea usted tan feliz como yo para mí deseo... Adiós... (*Sale por el foro.*)

ESCENA V

ALBERTO e HILARIO

ALB.—¡Has estado admirable! ¡Dame un abrazo!

HIL.—Y tú dame las quince pesetas, antes de que se te olviden con la emoción.

ALB.—No sabes cuánto te agradezco...

HIL.—No creas que me hace gracia el papelito..., ni mucho menos. ¡Pobrecilla! Tan bonita, tan buena. Hasta te regala una cartera. ¡Y con lo que te quiere!... Te aseguro que si no se marcha, me estaban dando ganas de contárselo todo.

ALB.—¡Pues me fastidias si llegas a sentirte moralista!... ¿Qué? ¿Es la primera vez que un muchacho guapo como yo, tiene dos amores a un tiempo? Juanita, es el amor cándido, ingenuo, delicioso. Elena, es la novedad, el lujo, lo imposible, ¿me entiendes? Dentro de una hora estará aquí... ¡Me parece un sueño! ¿Te haces cargo del camino tan largo que he recorrido desde aquella noche del Real? ¿Te acuerdas?

HIL.—No me lo recuerdes, que vuelvo a constiparme.

ALB.—¡Y hoy viene aquí!... ¡Aquí! A mi propia casa.

HIL.—Ya..., ya me hago cargo de tu alegría. Lo mismo me sucedió a mí con la duquesa.

ALB.—¡Ah! ¡Me olvidaba leerte su carta! (*Saca la carta y lee.*) Oye..., oye... "Iré a su casa, porque lo extraño de nuestro encuentro, así como la insistencia de sus apasionadas palabras, me tienen encerrada en un cerco indeciblemente dulce y agradable."

HIL.—Oye: ¿Está verdaderamente enamorada de ti?

ALB.—¡Qué ha de estar! De sobra sé yo que es una mujer caprichosa...

HIL.—Bueno; pero... tú...

ALB.—Yo apenas sé que se llama Elena y que la protege un señor completamente calvo, de edad indefinible... ¡Una caprichosa, ya te digo! ¡A mí que me importa si me quiere o no! ¡Gozar de la vida al vuelo! ¡Ese es el problema que hay que resolver!... ¡Me río yo de Hamlet! (*Se guarda la carta.*)

HIL.—Así y todo, ten cuidado, no vayas a despertar de este sueño con mal sabor de boca... Para nosotros, los pobres, una mujer elegante y rica, es algo así como un narcótico..., como fumar opio. Después queda el veneno. ¡Créeme! Te digo esto porque lo sé por experiencia.

ALB.—¡Vamos! ¿Quieres callarte? (*Suena el timbre de la puerta del forillo.*)

HIL.—¿Será ella?

ALB.—No es probable. La cita es a las tres y aun no son las dos y media. Además, quedamos en que estaría la puerta entornada, como la primera vez que nos vimos.

HIL.—¡Ah, sí! ¡Ya me lo dijiste! (*Suena el timbre otra vez.*)

ALB.—Ese debe de ser Carlos.

HIL.—Con esa tonta de Manuela. (*Va a abrir.*)

ESCENA VI

DICHOS; MANUELA, CARLOS, ERNESTO y PEPITO

HIL. (*Desde la puerta les larga la siguiente andanada.*)—¿Qué? ¿Se puede saber qué demonios se les ofrece a ustedes?

CARLOS.—¿Cómo qué se nos ofrece?

MAN.—¿Es usted el amo de la casa?

HIL.—Sí, señora; lo soy. Alberto me ha cedido su habitación, y me extraña mucho que tú, Carlos, en lugar de estar en tu casa estudiando derecho civil, criminal y canónico, andes por ahí ganduleando con esta danzadera.

MAN.—Oiga usted. ¿Qué es eso de danzadera?

CARLOS (*A Manuela.*)—Calla tú. (*A Hilario.*) A mí, en cambio, no me extraña encon-

trarte tan majadero como siempre; pero como no hemos venido a armar gresca contigo, te despreciamos..., y vamos a lo que importa. (*A Ernesto y Pepito.*) Avance la comisión.

ALB.—Eso.... eso..., a lo que interesa.

CARLOS (*A Ernesto.*)—Explícasela tú, que traes el encargo oficial.

ALB.—¿Oficial? ¿De qué?

ERN. (*Con ligero acento catalán.*)—Venimos en representación del Comité de huelgas. (*A Pepito.*) ¿No es eso?

PEPITO (*Que es un muchacho de diez y siete años, andaluz, y, por lo mismo, poco cuidadoso de la trascendencia de su comisión.*) ¡Hijo, yo no sé! A mí me han dicho que venga contigo, y... ¡encantado de la vida! Porque si hay huelga, saldrá mi nombre en los periódicos.

ALB.—Beuno; ¿qué es ello?

ERN.—Pues que el Comité ha decidido que esta tarde, a las tres...

PEPITO.—Es decir; dentro de media hora...

ERN.—Vayas a ver al Rector de la Universidad y le presentes nuestro *ultimatum.*

CARLOS.—Y que le digas rotundamente que si nos quitan los exámenes extraordinarios...

ERN.—Persistiremos en la huelga hasta el próximo curso.

PEPITO.—¡Eso.... juerga...., venga juerga! ¡Yo encantado de la vida!

ALB.—Bueno, ¿y por qué he de ser yo el que vaya a eso?

CARLOS.—¡Hombre! Como eres el presidente del Comité, nadie más indicado.

PEPITO.—¡Claro!

ERN.—No necesitamos encarecerte la necesidad de que tu actitud sea digna y todo lo resuelta que exigen las circunstancias, porque de otro modo saldríamos descalabrados.

PEPITO.—¡Pero que de la cabeza!

HIL.—Bueno: ¿y por qué no vais vosotros?

ERN.—¿Para qué le hemos nombrado presidente?

ALB.—Es... que...

CARLOS.—Nada, chico. No tienes más remedio que ir y mostrarte digno y resuelto. ¡Así, como suena! (*Hablando como si estuviera delante del Rector.*) ¡Estamos firmemente decididos a que se nos concedan esos exámenes!... Y lo conseguiremos, porque...

HIL. (*Interrumpiendo.*)—Porque malditas las ganas que tenemos de estudiar, y cuanto más se repitan los exámenes, más probabilidades tendremos de que nos aprueben, aunque no sea más que por cansancio.

PEPITO.—Perfectamente de acuerdo.

ERN.—No hay más que hablar.

MAN. (*A Alberto.*)—¿Verá usted al Rector?

CARLOS.—¿Defenderás nuestros intereses?

PEPITO.—Y nos otorgará un examen cada quince días. ¡Y olé! Ya podemos largarnos.

ALB.—Esperar..., esperar un momento. Todo eso está muy bien; sólo hay una pequeña dificultad... bastante grande. (*Todos quieren hablar a la vez.*) ¿Me dejáis hablar, sí o no? (*Todos callan.*) Perfectamente. Sólo hay un inconveniente, repito..., y es que yo no pienso ir...

ERN.—¡Ah! ¿Que no vas?

ALB.—De ninguna manera... ¿Queréis huelga? Pues holguemos... Yo os acompañaré. Pero no voy a ver al Rector, en primer lugar, porque vuestras cuestiones no me atañen; yo he de licenciarme dentro de un mes, y, por lo tanto, me tiene sin cuidado que haya exámenes o no.

ERN.—Pero nosotros...

ALB.—Arreglaos como podáis. Y no penséis que esto es egoísmo, ni que me interese o no la presidencia, sino sencillamente, porque a las tres tengo que resolver un asunto urgentísimo que me preocupa tanto o más que mi título de doctor.

ERN.—¡Ah! ¿De manera que antepones tus asuntos personales a los de la colectividad? ¡Muy bien! (*A Pepito.*) ¿Qué te parece?

PEPITO.—¡Hijo..., yo, encantado de la vida! ¡Con tal que salgamos en los periódicos!

ALB.—Antepongo lo que me da la gana... ¡Ya está! Y creo que hemos hablado lo suficiente para que os larguéis con viento fresco, porque estoy esperando una visita y... el enceno no estorbar... ¿Está claro?

ERN.—¡Vaya!... Más claro, agua. Cuando se engalana una habitación de esta manera...., ya se sabe cuál es la visita... Más claro todavía. Que por una simple aventurilla tiras por la borda a todos tus compañeros. ¡Eso es!

PEPITO.—¡Y olé y olé y olé!

ALB.—¿Sabéis que estáis empezando a cargarme?

CARLOS.—Es que después de todo no les falta razón. Yo estoy dispuesto a quemar hasta mis libros en cuanto me doctore, pero mientras sea estudiante, me debo a mis compañeros.

ERN.—¡Dejarnos plantados en el momento culminante de la lucha! ¡Cobarde!

ALB.—¡Cuidado con insultar!

PEPITO.—¡Qué barbaridad, cuántas flores! Esto es un jardín. Por todas partes flores.

ALB.—Déjalas y ahueca.

ERN. (*A Manuela.*) — ¿Quiere usted una rosa? Alberto se la ofrece a usted con muchísimo gusto.

MAN. (*Aceptándola.*) — Estimando, pollo. (*Se pone cada cual una flor.*)

HIL.—¡A ver si os estáis quietos!

MAN.—¡No nos da la gana!

CARLOS.—¡Toma las que quieras, chica!

ALB.—¡Como volváis a tocarlas, nos veremos!

ERN.—¡Ah, sí! ¡Pues ahí va! (*Le arroja una flor.*)

MAN.—¡Duro con él! (*Tira otra a Hilario.*)

HILAR. (*Respondiéndole. Batalla de flores. Hilario y Alberto arrojan flores a Manuela y Carlos, Ernesto y Pepito, que les contestan de la misma forma.*)

ALB.—¡A la calle! ¡A la calle!

ERN.—¡No quiero! ¡Matasanos!

HIL. (*A Carlos.*)—¡Picapleitos!

CARLOS.—¡Medicucho!

PEPITO.—¡Y olé, venga juerga!

HIL.—¡Defensor de ladrones!

MAN.—¡Lanzadera!

ALB.—¡Ea! ¡Si no os marcháis, os tiro a todos por la ventana!

TODOS.—¡Caaaa!...

ALB.—¡El que sea hombre, que me siga! (*A Hilario.*) ¡Es el único medio de llevárselos!

PEPITO.—¡Eso, a la calle!

ERN.—¡A la calle! Pero te juro que hoy no ves a esa señora!...

HIL. (*A Manuela.*)—¡Y usted a la calle también!

MAN.—¡Farolero!

ALB. (*Empujando a todos.*)—¡Vamos, vamos!

ESCENA VII

DICHOS *y* JUANITA

JUA. (*Por el foro.*)—Pero, ¿qué pasa?

MAN.—Aquí está la prójima.

JUA.—¿Prójima yo?

ALB. (*Empujando a todos.*) — ¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la calle! ¡A la calle todo el mundo! (*A empujones se los lleva a todos. Quedan en escena Juanita e Hilario.*)

HIL. (*Insultando a los que se van.*)—¡Fantoches! ¡Mamarrachos! ¡Farolero yo! ¡Coqueta! ¡Bruja! ¡Qué desastre! ¿Y cómo se arregla ahora esto?

JUA.—Pero ¿se puede saber qué demonios ha ocurrido aquí? ¿Qué gritos eran esos?

HIL.—Nada, nada. Alguna que otra palabra gruesa. Unas cuantas flores por el aire... y batalla de damas, según puede usted juzgar. Una gimkana. Gracias a que Alberto se ha llevado a los juerguistas y... huelguistas, para que las cosas no pasen a mayores...

JUA.—¡Pobres flores!... Y... ¿ahora?

HIL.—Ahora ya veremos lo que decide Alberto cuando consiga deshacerse de ellos.

JUA.—¿Alberto? ¿Y qué le importa a Alberto?

HIL.—Quiero decir que... (*Pretendiendo enmendar su torpeza.*) Me refería a que... como le han dejado la habitación tan revuelta..., tan desarreglada...

JUA. (*Se sienta.*)—¡Ah, ya!

HIL.—¿Se queda usted?

JUA.—Sí; voy a hacerle a usted un ratito de tertulia.

HIL.—¿Tertulia? ¡Qué bromista es usted!

JUA.—¿A qué hora viene?

HIL.—A las tres en punto. De modo que si me dejase usted solo...

JUA. — ¿Quiere usted que le sea franca? Pues me parece que no tiene usted aspecto de enamorado.

HIL.—¡Hola! ¿Y por qué?

JUA.—Porque no sabe usted fingir. Se le ve a usted en la cara todo lo que piensa.... todo lo que oculta...

HIL.—Eso tiene gracia...

JUA.—A ver, cuénteme usted su aventura, pero de cabo a rabo.

HIL.—¡La verdad, Juanita, me da reparo hacer confidencias de esa índole!

JUA.—¡Ay, Hilario! ¡Hilario de mi alma! ¿Pero cree usted que me va a engañar? Si yo sé que todo lo que me ha contado Alberto es mentira... ; pero fingía..., fingía..., he fingido creerlo por lo que pensaba hacer después.

HIL.—¿Qué piensa usted hacer?

JUA.—¡Arañarle! ¡Arañarle a él y luego a ella! ¿Quiere usted que le arañe a usted también?

HIL.—No, por Dios, no faltaba más.

JUA.—Pues entonces márchese usted y déjeme usted sola en este cuarto.

HIL.—No..., no..., eso no puede ser..., no puede ser...

JUA.—¡Hilario!... ¡Amigo Hilario! ¡Usted habrá estado enamorado alguna vez!...

HIL.—Yo, no. La duquesa. (*Se sienta en el sofá.*)

JUA. — Sin embargo, usted debe suponer qué tormento tan espantoso son los celos..., y si tiene usted buen corazón, no debe consentir que yo sufra de una manera tan horrible... Diga usted... ¿Es más guapa que yo? ¿Tendrá mucho dinero? ¿Es muy elegante, verdad?

HIL.—¡Virgen Santísima! ¿Más guapa que usted? ¡Ni por asomo!

JUA.—¿De veras? Entonces, ¿por qué me engaña Alberto con ella? (*Se sienta al lado de Hilario.*)

HIL.—La variedad, Juanita; en la variedad está el gusto, según dicen..., y luego.... el atractivo de la aventura... ¡Ya comprenderá usted lo que son estas cosas! ¡Y como los hombres somos tan veleidosos!...

JUA.—¡Pero... yo me voy a morir de pena! Ayúdeme usted, por Dios.

HIL.—Pero ¿qué puedo hacer yo? (¡Alberto me va a comer crudo!)

JUA. (*De rodillas en el sofá y casi abrazándole.*)—¡Sea usted compasivo!... ¡Tenga usted lástima de mí!

HIL. (*Arrodillándose sobre el sofá, frente a

Juanita, y dejándose acariciar.)—¡Pero qué bruto es ese Alberto!

JUA.—Y le prometo a usted quererle tanto, tanto...

HIL.—¡Qué rica! ¡Hacer sufrir así a un capullo de rosa! *(La aprieta.)*

JUA. *(Dejándose querer.)* — ¿Verdad que está muy mal?

HIL.—¡Es un crimen! ¡Por bastante menos hay quien está en presidio!

JUA.—Bueno; pues entonces va usted a ir a buscarle y le va a entretener para que no vuelva en unas cuantas horas.

HIL. *(Alejándose de ella rascándose la oreja.)*—Bromas, no; bromas, no.

JUA. *(Más persuasiva.)*—Sí..., sí..., y va usted a decirle..., no sé..., ¡ah, sí!, que esa señora ha mandado a un criado..., no..., no; a una doncella, diciendo que lo siente mucho, pero que hoy no puede acudir a la cita...

HIL.—¿Y cree usted que Alberto me va a hacer caso?

JUA.—¿Por qué no?

HIL.—Bueno, ¿y luego?

JUA.—Luego..., nada. Yo me encargaré de aplacarle.

HIL. *(Volviendo a abrazarla.)*—¡Hija de mi alma! ¡Lo que me obliga usted a hacer!

JUA.—Una obra de caridad. Si me ayuda usted, le doy a usted un beso.

HIL.—No, no; de hacerlo, lo hago de balde.

JUA.—¿No es ya la hora de la cita?

HIL.—Faltan quince minutos. A las tres en punto subirá esa señora, encontrará la puerta entornada y entrará naturalmente...

JUA.—¡Ah! ¿Conque la puerta entornada?

HIL.—Sí. Para no hacer ruido.

JUA.—Bueno, pues márchese usted, que ya es tarde.

HIL.—Voy..., voy... *(Medio mutis.)* ¿No me da usted el beso?

JUA.—¿Pero no me ha dicho usted que no lo quería?

HIL.—Sí..., pero... qué más da... un beso de hermano.

JUA.—Tome usted.

HIL.—¡Ay, que se me va la cabeza! ¡Pero qué animal es ese Alberto! *(Vase dando vueltas atolondrado y, al salir por el foro, tropieza con doña Rosa, que entra.)*

ESCENA VIII

JUANITA *y* DOÑA ROSA

ROSA.—¿Qué haces tú aquí? ¡Qué desorden!

JUA.—Es que han venido unos amigos del señorito Alberto, y como están en huelga...

ROSA. — ¡Dichosos ellos! ¡Quién pudiera decir lo mismo!...

JUA.—El señorito Alberto me ha rogado que le arregle un poco el cuarto mientras él iba a esperar a sus padres.

ROSA.—Y tú, ¿cómo te encuentras?

JUA.—Divinamente.

ROSA.—Me alegro. ¿No has ido, por fin, al taller?

JUA.—Sí, he ido...; digo, no..., no he ido... Me dolía la cabeza...; pero ya estoy mejor.

ROSA.—¿Necesitas algo?

JUA.—No, mamá.

ROSA.—Pues bajo un momento a comprar la carne.

JUA. *(Echándola casi.)*—Sí..., sí, vaya usted.

ROSA.—¡Qué prisa tienes! *(Vase.)* *(Una vez sola Juanita cierra la puerta de la derecha; luego se acerca a la del pasillo y la deja entornada y, por último, va hacia la ventana y mira hacia fuera por detrás de los cristales; de pronto hace un gesto y retrocede hasta el pasillo. Pausa.)*

ESCENA IX

JUANITA *y* ELENA. *La puerta del forillo se abre despacito y entra Elena. Tras ella, Juanita cierra la puerta del pasillo y luego la del fondo de la habitación.*

ELENA *(Que ha entrado, se sorprende de no ver a nadie, y cuando se vuelve para marcharse, se encuentra cara a cara con Juanita. Un poco asustada.)*—¡Ah!... ¡No!... Yo no...

JUA.—Lo sé, señora. No es a mí a quien venía usted buscando...; pero da lo mismo.

ELENA.—¿Cómo que da lo mismo?

JUA.—Sí, señora..., lo mismo... Se lo voy a explicar a usted en seguida...; pero tome usted asiento...

ELENA.—Es... que...

JUA.—No se apure usted, señora; Alberto no está en casa.

ELENA *(Haciendo ademán de marcharse.)* Entonces...

JUA.—No está porque le he dicho yo que usted no podía venir.

ELENA.—Entonces haga usted el favor de abrir esa puerta y dejar que me marche.

JUA.—Un momento. Tengo que hablar con usted. Yo soy... la... hija de la patrona de Alberto. ¡Una modistilla!

ELENA.—No comprendo que pueda interesarme...

JUA.—Me explicaré con más claridad. Yo quiero a Alberto. ¡Le quiero con toda mi alma! Somos novios desde hace dos años..., y

ahora, por culpa de usted..., ya no me quiere...; ¿le parece a usted bien?

ELENA.—¿Sabe usted, niña, que es usted un poquito insolente?

JUA.—No sé. Yo digo las cosas tal y como las siento. (*Triste.*) ¿Es la primera vez que iban ustedes a verse a solas? ¿Le quiere usted mucho?

ELENA.—Vuelvo a rogar a usted que me permita retirarme.

JUA.—El, seguramente, la adora a usted. ¡Es usted tan guapa! ¡Con esos ojos!... ¡Con ese traje tan elegante..., con ese perfume!... ¡Jesús, cuanto se ha echado usted hoy! ¡Con lo que a él le gustan los perfumes! Como que por agradarle me gastaba yo hasta cinco reales en un frasco de heliotropo. ¡Figúrese usted! (*Casi llorando.*) ¿Por qué se ha empeñado usted en quitármelo, señora? ¡Yo le quiero tanto, tanto, pero tantísimo!... ¡Es lo único bueno que tengo en este mundo! ¡Como que soy una pobre modistilla! ¿Cómo voy a poder luchar con usted? Además, no le quedan más que dos meses de estar en Madrid. ¿Y qué va usted a hacer con un hombre sólo dos meses?

ELENA (*Sonriendo.*)—¿Dos meses?

JUA.—Nada más. En cuanto se doctore se marchará a su pueblo, y entonces, de todos modos, se tendrá usted que quedar sin él. Mire usted, déjemele ahora, y la consiento a usted que, si quiere, se marche usted detrás de él cuando se vaya.

ELENA.—Tantísimas gracias.

JUA.—¿Acepta usted?

ELENA.—Pero, hija mía, en estos asuntos al corazón no se le manda.

JUA. (*Interrumpiéndola.*)—¡No diga usted eso! En esa sociedad alegre y despreocupada en que usted vive, al corazón se le puede parar cuando una quiere, lo mismo que un reloj. Además, no se haga usted ilusiones, no se figure usted cosas que no existen. Le aseguro a usted que va usted a sufrir un desencanto...

ELENA.—¿Desencanto, por qué?

JUA.—Usted lleva una vida tan lujosa, nada usted en sedas, en encajes...; figúrese usted qué efecto le va a hacer a usted ver un triste par de tirantes de elástico.

ELENA. (*Riendo.*)—¿Qué está usted diciendo, criatura?

JUA.—La verdad: que Alberto no tiene una peseta, eso me consta positivamente, y aunque el traje que lleva no está del todo mal, lo que es la ropa interior, créame usted a mí, señora, es un desastre. Pregúnteselo usted a mi mamá, que es la que le zurce esos cuatro trapos. Para que usted se entere: gasta unos calcetines blancos, que a fuerza de zurcidos en la punta y en el talón, parecen un arco iris. Y no se vaya usted a figurar que tiene calzoncillos de seda. De algodón y sujetos al tobillo con unas cintas blancas. Pues las camisetas, ¡no digamos! Más vale no hablar de ellas; de un dedo de gordas y de un color que no es color. Usted, en cambio, parece una princesa. Nada, que no le sirve a usted.

ELENA.—¿Sabe usted que es usted una muchacha muy extraña?

JUA.—¡Sea usted buena, señora, con tantos hombres elegantes y apuestos que la harán a usted el amor! ¡Escoja usted uno de ellos! ¿Qué más le da? ¿Por qué se empeña usted en seducir precisamente al que es mi único amor?... ¡Vamos a ver, por qué!... (*Se sienta llorando en el sofá.*)

ELENA.—Niña..., ¿pero qué es eso? ¿Llora usted? Vamos..., vamos. No hay hombre que merezca hacer llorar a unos ojos tan lindos..., tan ilusionados... ¡En fin..., dichosa usted que llora por tan poco! Ea..., seque usted esas lágrimas, que se lo dejaré a usted para usted solita.

JUA.—¿De veras?

ELENA.—Sí: márchese y déjeme usted esperarle. Yo se lo diré a él mismo. ¿Está usted contenta?

JUA. (*Cambiando de actitud.*)—¡Ah! ¡Eso sí que no! ¿Dejarla a usted con él? ¡No, señora! ¡Cualquier día hago yo esa tontería! ¡Usted lo que tiene que hacer es prometerme no volverle a ver nunca!

ELENA.—¡Eso ya me parece demasiado pedir!

JUA.—¿No quiere usted? ¿No? ¿De modo que yo la he suplicado con toda mi alma, y usted no tiene compasión de mí? ¿Se empeña usted en que me ponga como una fiera? ¡Ah! ¡Tenga usted cuidado! ¡Pero mucho cuidado!

ELENA.—¿Amenazas también? ¡No, niña, no! Hasta he podido tomar su impertinencia de usted como una broma graciosa; pero en serio, no estoy dispuesta a tolerarla. Con permiso de usted me retiro.

JUA.—¡De ninguna manera! Ahora soy yo la que va a levantar el gallo, sí, señora. ¿A usted se le ha puesto entre ceja y ceja quitarme el novio? ¡Pues se lo advierto a usted lealmente!... ¡Estoy dispuesta a defender mi amor aunque sea a bofetada limpia sí, señora! ¡A bofetada limpia si es menester! Porque usted lo que siente por mi Alberto es un capricho... sí, señora, un capricho.

ELENA.—¡Señorita! ¡Perfectamente! Sí, señora, ¡un capricho!, lo más importante y sobre todo lo más interesante que hay en la vida de una mujer.

JUA. (*Muy humilde de pronto, llorando y suplicando.*)—¡Ay, señora, señora! ¿Por qué no quiere usted hacer lo que le pido? ¡Tiene usted una mirada tan dulce! ¡No es posible que sea usted mala! (*Se acerca y la abraza.*) ¿Verdad que me le va usted a dejar? ¿Cómo

quiere usted que siga yo viviendo si usted me lo quita?

ELENA.—¡Válgame Dios! ¿Tanto le quiere usted?

JUA.—Sí, señora..., pero la querría a usted tanto como a él lo menos, si se marchase usted en este instante, prometiéndome no volverle a ver!

ELENA. (*Sonriendo.*)—Vamos..., no quiero que por culpa mía siga usted padeciendo de ese modo...

JUA.—¿No? ¡Ay qué buena es usted! ¿De veras, de veras se marcha usted ahora mismo? ¿Y muy lejos? ¿Y para no volver? ¿Me lo promete usted?

ELENA.—Sí, grandísima pícara, me marcho, me quito de en medio. Puede que luego no tenga usted que agradecérmelo tanto como ahora se figura.

JUA.—¡Y pensar que le he dicho a usted tantas cosas feas!, ¡Por Dios, señora, perdóneme usted..., se lo suplico de rodillas! Perdóneme usted. (*Le da un beso.*) ¡Gracias con alma y vida! (*Recoge unas cuantas flores y se las entrega.*) ¡Para usted eran todas! Acepte siquiera una...., guárdela como recuerdo de una chiquilla enamorada.

ELENA. (*Tomándola. La besa.*)—¡Adiós, niña, adiós! (*Sale por el foro.*)

ESCENA X

JUANITA, HILARIO. *Luego* ALBERTO. *Después* ERNESTO *y* PEPE. *Juanita da unos brincos de alegría, palmotea y luego se asoma a la ventana.*

HIL. (*Por el foro.*)—¡Atiza, cómo va esa señora! ¿Qué ha pasado aquí?

JUA.—¡Ay, Hilariete de mi vida, soy muy feliz! ¿A que no acierta usted lo que me ha prometido? No volver a hablar en su vida con Alberto.

HIL.—Ya me hago cargo. Como que acaba de encontrarse con él en la escalera y ni siquiera lo ha saludado. Ahí viene hecho una fiera. Como los compañeros huelguistas no le dejaron salir del café... (*Aparece Alberto en el fondo.*) ¡Ahí tiene usted a ese energúmeno!

ALB. (*Conteniendo su rabia a duras penas.*)—¡Ah!, ¿estás aquí? ¡Me alegro! ¿Conque es decir, que yo no puedo recibir en mi casa a quien me dé la gana? ¡Contesta! ¿Qué le has dicho a esa señora? ¡Vamos, pronto!

JUA.—Péro, ¿todo eso va conmigo?

ALB.—¡Contigo, contigo! ¿Quién te manda a ti meterte en mis asuntos? ¡Habla!

JUA.—Pero tranquilízate, hombre.

ALB.—¡No me da la gana! ¡Estoy harto de ti!, ¿lo oyes? ¡Harto, harto!

JUA.—¡Ah! ¿Lo tomas así? ¡Mejor! Ya puedes figurarte lo que le he dicho. Que te quería con toda mi alma, eso es; que te quería, pero ya que te pones tan grosero... ¡Vete, vete de una vez, que no quiero ni verte! ¡Eso es! Yo también estoy harta de ti, ¿lo oyes? ¡Harta, harta! (*Se sienta.*)

ALB.—Pero, desgraciada, ¿no te haces cargo del ridículo tan grande en que me has puesto? ¿No lo comprendes, cabezota?

HIL.—Vamos, Alberto, un poquito de consideración.

ALB.—¡Cállate, cállate, que lo vas a pagar tú! (*Hilario da un salto atrás.*) Porque después de todo la culpa es tuya, ¡tuya nada más, so mamarracho! Si tuvieras siquiera vergüenza para comprenderlo.

HIL.—Oye, oye, que eso de vergüenza...

ALB.—¡Que te calles digo, o esto va a terminar de mala manera!

HIL.—Pero qué mala manera ni qué narices. ¿Te has creído tú que yo soy Juanita? ¿Esta infeliz, que ha tenido el mal gusto de enamorarse de ti?

JUA. (*Llorando.*)—Déjele usted, Hilario, déjele usted.

HIL.—Pues no me da la gana de dejarle. Quiero decir todo lo que pienso, el juicio que merece tu actitud. Que usted es la que tiene razón, que tú eres un grosero, que yo soy un hombre, que usted es una víctima; que tú, que yo, que ella..., ¡que me he hecho un lío!, otro día te lo diré.

ALB.—Pues yo no aguardo más para tirarte por las escaleras.

JUA. (*Interponiéndose.*)—¡Ay, por Dios, no!

HIL.—¿A mí?

ALB.—¡A ti!

JUA.—¡Alberto! ¡Alberto!

ALB.—¡Déjame en paz! Yo soy el amo de mi casa y tú eres un estúpido y Juanita una parlanchina... No quiero estar aquí un minuto más y me voy, me voy ahora mismo; eso es. Dentro de un rato vendrá un mozo por mi equipaje. ¡Ya está! (*Se pasea de arriba abajo.*) Ahora mismo voy en busca de esa señora.

JUA.—¡No, por Dios!

HIL. (*Aparte a Juanita.*)—No haga usted caso, boquilla, boquilla pura.

ERN. (*Apareciendo seguido de Pepito.*)—Pero oye, ¿vas o no vas a ver al Rector?

ALB. (*Dando un salto.*)—¿Otra vez tú? ¿Después de haberme entretenido en el café?

PEPITO.—¡Y olé, ya le hemos dicho al camarero que lo consumido es cuenta tuya!

ALB.—¿Eso también? ¡Canallas! (*Empieza a tirarle los libros.*)

HIL. (*Huyendo.*)—¡Oye! ¡Sabes que estás hoy demasiado animal!

ALB.—¡Animal! ¿Eh? (*Echándole a empujones.*) ¡Toma, animal! ¡Hala! ¡A pagar la cuenta del café! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un gabinetito. Puerta al foro y otra lateral. Son las últimas horas de la tarde. Una lámpara eléctrica en escena.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO e HILARIO. *Hilario, arrodillado ante una maleta, guarda en ella las prendas que Alberto va sacando del armario. El desorden de la habitación revela la próxima partida de sus moradores.*

ALB.—Toma esos cuellos; colócalos encima de todo no vayan a arrugarse. (*Recogiendo un libro de encima de la mesa.*) Pon esto también.

HIL.—¿No habías decidido venderlos?

ALB.—Para lo que me van a dar por ellos, prefiero llevármelos; me servirán de compañeros allá en lo alto de mis montañas.

HIL.—¿Vas a ponerte ahora romántico?

ALB.—¡Qué estropeados están los pobres!... Y mira..., mira cuántas flores secas entre las hojas... Cosas de Juanita, cuando estudiaba teniéndola a mi lado.

HIL.—Con lo que le gustaba juguetear a esa chiquilla.

ALB.—Tienes razón; juguetear..., juguetear con el amor.

HIL.—Hombre, eso no; Juanita te ha querido de veras.

ALB.—Es posible... Es un encanto de criatura.

HIL.—Di más bien, era. *Tout passe, tout lasse.* Lo que yo sigo sin comprender, es cómo he podido alcanzar mi título de doctor.

ALB.—Pues ¿y yo?

HIL.—Tú es diferente. Como en estos dos últimos meses habías terminado con Juanita, has podido apretar de firme... Pero ¿yo? ¡Mira que se ven unas cosas en este mundo!...

ALB.—¿A qué hora te marchas?

HIL.—Mañana por la mañana, a las nueve. Ya tengo el equipaje arreglado, la casa pagada.

ALB.—¡Qué cosa más extraña es la vida! Tantos años suspirando por este título de doctor, y ahora que lo tengo en el bolsillo..., ¡qué sé yo!, estoy muchísimo menos satisfecho que antes...

HIL.—¡Yo sí que estoy que trino! He salido de la Universidad con un peso en el estómago... Me sentía más serio..., más idiota... ¡Chico, te lo aconsejo! ¡Mata a cuanta más gente puedas, a ver si te mandan otra vez a estudiar.

ALB.—Lo estás tomando a broma, y maldita las ganas que tienes...

HIL.—¡Como tú!

ALB.—¿Quién yo? ¡Te equivocas! Pero si a todos nos pasa lo mismo... ¡Marcharse lejos! ¡Dejar Madrid!... ¡Las amistades! ¡Renunciar a las costumbres más queridas! ¡Abandonar lo que ha sido nuestra alegría durante tantos años! ¡Resignarse a vivir otra vida tan distinta, igual a la de todo el mundo! ¡Entrar a formar parte de esa máquina que se llama sociedad! ¿No es esto muy triste? Mientras hemos sido estudiantes, vivíamos algo separados del mundo... ¡En las nubes tal vez! Pero desde ahora en adelante..., ¡bueno..., adelante!... (*Pequeña pausa.*) Yo también me marcho mañana con mis padres, que llegaron ayer del pueblo. Los pobres han salido para comprarme el regalo con que me obsequian por mi doctorado... ¿Esto debía ser un secreto? ¿Verdad? Pues por eso mismo estoy enterado de ello.

HIL.—¡Qué contentos estarán!

ALB.—¡Figúrate, pobrecillos! Y orgullosos con la idea de que vuelven al pueblo llevando a su hijo hecho un señor doctor.

HIL.—¡Adiós partidas de billar!

ALB.—¡Y cafés de camareras!

HIL.—¡Y trampas sin cartón!

ALB.—¡Adiós paseítos por la Moncloa!

HIL.—Y meriendas... y huelgas...

ALB.—Y mujeres seductoras...

HIL.—¡Adiós, damas encopetadas... de novela!... ¡Adiós, tupis..., medios bisteks..., melancolías!... Os dejo a todos un cachito de mi corazón... Dentro de algunos meses se habrá extinguido hasta el recuerdo de Hilario el estudiante, y de sus cenizas surgirá un médico titular, irascible y discutidor, que cumplirá su filantrópica misión entre el hedor de los ungüentos y el aburrimiento pueblerino...

ALB.—¡No me hables de aburrimiento! Oye, ¿irás a verme de vez en cuando, eh?

HIL.—Ya lo creo. En cuanto emprenda mi viaje de boda con alguna paleta adinerada.

ALB.—¡Ah! Pero ¿piensas casarte?

HIL.—Yo, no. Pero ya lo estarán pensando mis padres por mí. Seguramente, me tienen ya, hasta la novia preparada... Y después de todo me alegro. Algún día tendrá que ser.

No le des vueltas..., todos acabaremos lo mismo. Hechos unos padrazos de familia, con una panza enorme..., dispépsicos y refunfuñones. Por supuesto que nuestros hijos pensarán lo mismo que nosotros de nuestros padres. ¿Cómo es posible que vivan así... sin ideales..., sin deseos?... (*Llaman a la puerta del foro; Alberto va a abrir. Entra Carlos.*)

ESCENA II

ALBERTO, HILARIO *y* CARLOS

ALB.—Aquí tienes a este dichoso mortal.

HIL. (*Saludando con una inclinación de cabeza.*)—¡Señor abogado!

CARLOS. (*Remedándole.*)—¡Señor doctor! Ya lo tienes todo dispuesto para la marcha, ¿eh? Maletas abiertas... y aspecto de moribundo...

HIL. (*Con ademán de predicador, señalando trajes y libros.*)—¡Miserere nobis!

CARLOS.—¡Oremus!

ALB.—Para ti que vives en Madrid, no tiene esto la importancia que para nosotros. Tú, no dejas de vivir..., de gozar. En cambio para nosotros todo se vuelve gris..., monótono..., igual...

HIL.—¡Bárbaramente igual!... ¡Ay Carlos! ¿No te parece mentira que hayan pasado tan pronto estos años?

ALB.—Para mí, volando. ¡Se me hace tan lejano el pasado! ¡Tan lejano! ¿Os acordais del primer año, cuando recién llegados del pueblo, íbamos éste y yo (*Por Hilario.*) dando vueltas por las calles, mirando con envidia a las parejitas que pasaban por nuestro lado? Yo... las oía hablar en voz baja, adivinando sus caricias... Sorprendía sus miradas apasionadas, y mi sangre parecía hervir de deseo... Pero me consolaba pensando, ¡bah!, en cuanto curse el segundo o tercer año y ya no sea el novato de ahora..., también tendré yo mis aventuras. Y ha pasado el segundo..., y el tercero y... hasta el último año, y... ahora... Ahora daba mi título de doctor, por volver a ser el provinciano desgalichado, el mísero novato de entonces que se quedaba extasiado ante los arcos voltaicos y contemplaba con envidia cómo se acariciaban a la salida del taller, en los veladores de un cafetucho, una alegre modistilla y un estudiante de cuarto año.

CARLOS.—¡Cuidado que hemos hecho tonterías! ¿eh?

ALB.—Un poco de amor... Algunas locuras... y mucha melancolía.

HIL.—Olvidas algún que otro suspenso y tal cual maldición para los señores catedráticos...

ALB.—¡Nuestra juventud!...

CARLOS.—Oye, Alberto. Y ¿cuántas aventuras has tenido en estos dos últimos años?

ALB.—¿Yo? ¡Dos... aventuras que merezcan tal nombre, porque han sido de las que dejan huella: Juanita y Elena!... Juanita, el amor, el amor, todo el amor... Elena, la fiebre..., el deseo..., la locura..., el lujo. Todo lo que nosotros, los estudiantes pobres, no podemos comprar, para emborracharnos como con una botella de champagne. ¿Y tú?

CARLOS.—¿Yo? Manuela a todo pasto. Me pescó durante el primer año y todavía no me ha soltado. Ya sabes que los de leyes somos su debilidad. ¿Y tú, Hilario?

HIL.—¿Yo, yo? ¡Ninguna!

CARLOS.—¿Eh?

ALB.—¿Cómo que ninguna?

HIL.—Para vosotros ha sonado la hora de la verdad... ¡Ninguna!

CARLOS.—Pero, ¿y la duquesa?

HIL.—¡Sólo ha existido... en mi imaginación!

ALB.—¿Y cuando desaparecías los días enteros, diciendo que te había invitado a pasarlos con ella en su casa de campo?

HIL.—¡Pamplinas! Me los pasaba encerrado en la casa de huéspedes.

CARLOS.—¿Y lo de empeñar la ropa para llevarla regalos?

HIL.—¡Más pamplinas! Empeñaba la ropa para ir al cine a ver si por casualidad tropezaba con la aventura... Como de noche todos los gatos son pardos..., en la obscuridad... Pero ni por esas...

ALB.—¡Pobre Hilario!

HIL.—¡Y tan pobre! Teneis razón... No tengo más remedio que confesarlo. ¡Maldita la gracia que les he hecho a las mujeres! ¡Y si supiérais, chicos, qué pena tan grande es no haber encontrado nunca una mujer a quien hacerle gracia! Al principio me hacía muchas ilusiones, y a cada calabazas que me daban, volvía al ataque con más bríos..., pero a fuerza de pasarme horas y horas de plantón en todas las esquinas para recibir luego sofiones, se me pasaron las ganas, y desde entonces mis únicas aventuras han sido las vuestras, que bien puedo decir, que he vivido a la vez que vosotros. Ahora ya también esas se han acabado.

ALB.—¡Pobre Hilario!

HIL.—Y tengo una tristeza tan grande, pero tan grande, que no os lo podeis figurar.

CARLOS. (*Dando un golpe en la mesa.*)—Pero ¿qué va a ser esto? ¿Esta es la alegría de las pocas horas que nos quedan de estar juntos? ¡Vaya una manera de celebrar el más feliz acontecimiento de nuestra vida! ¡Ea! ¡Arriba los corazones! ¡A divertirse! ¡A juerguearse! A ver, tú, ¿dónde tienes los libros? Los míos aquí están. ¡A quemarlos como teníamos acordado!

ALB.—No; deja. ¿Qué más da? Ya no pueden volver a aburrirnos. Dejémosles en paz.

Nosotros nos vamos. Volveremos a nuestros pueblos; otros estudiantes vendrán a sustituírnos..., es el eterno vaivén..., la renovación de la vida...

HIL.—El flujo... y reflujo.

CARLOS.—¿Y... Juanita?

ALB.—¿Juanita? No sé. ¡Pobrecilla! Dos meses llevo sin hablarla. Después de la escena de aquella noche, cambié de casa..., y por lo mismo que ella tenía razón, me empeñé en no pedirla que me perdonase. ¡Quién sabe. ¡Tal vez tenga otro novio ya!

HIL.—¡Qué mónada de criatura aquella!

ALB.—¡Y más buena! ¡Las veces que me ha obligado a estudiar!... Bueno..., dejemos esto... ¡Pobre Juanita!...

HIL.—¡Mira que te has portado mal con ella!

ALB.—¡Sí, es posible! Anda. ayúdame a cerrar la maleta.

CARLOS.—Eso. A la calle. ¡Aún tenemos que celebrar nuestra última juerga!

HIL.—El canto del cisne, como si dijéramos.

CARLOS.—¿Del cisne? Di más bien el graznido del cuervo.

ALB.—Toma; mis corbatas. (*Se las entrega a Hilario que las coloca dentro de la maleta; llaman a la puerta.*) Carlos, hazme el favor de abrir.

ESCENA III

ALBERTO, HILARIO, CARLOS *y* MANUELA

MAN. (*Muy seria.*)—¡Buenas noches!

CARLOS. (*Muy afectuoso.*)—¡Manolita!

MAN. (*Muy seria.*)—¡Felices, señor abogado!

CARLOS.—¿Cómo?

MAN.—Usted disimule..., pero..., hemos terminado. Abajo tengo esperando a Pepito, que estudia primero de leyes...

HIL.—Novio para cinco años...

MAN.—*Tu quoque Brutus.*

CARLOS —¿Veis? ¡Otra de las ventajas de ser estudiante! ¿Vienes a despedirte?

MAN.— Vengo, porque además de mi novio, está esperando en el portal una persona que quiere despedirse de usted. (*A Alberto.*)

ALB.—¿De mí?

MAN.—¡Sí!

ALB.—¿Quién es?

MAN.—¿No lo supone usted?

ALB.—Yo... no..., digo, sí. ¡Juanita!

MAN.—*Ego sum.* La pobre no se atreve a subir.

ALB.—¿Por qué no se atreve? Que suba, ya lo creo.

MAN.—Pues voy a decírselo y me marcho a casa... ¡Feliz viaje a todos!...

HIL.—¡Gracias!

CARLOS. (*Afectuoso.*)—¿Quieres que te acompañe?

MAN. (*Seca.*)—Usted ya tiene bastante con su título de abogado... ¡Ah!..., y procure usted no engordar, que eso afea mucho... Buenas noches. (*Vase por el foro.*)

CARLOS.—¿Veis? ¿Oyes?? Para que luego se extrañen de que haya quien lleve doce años de estudiante.

HIL.—Yo. con una muchacha así, no me hubiera doctorado en toda la vida...

ESCENA IV

ALBERTO, HILARIO, CARLOS *y* JUANITA. *Juanita aparece y se detiene en el umbral, dudando de entrar o no*

ALB. (*Al verla.*)—¡Juanita!

JUA. (*Azorada.*)—¡Señor doctor!

ALB.—Eres tú..., tú...

JUA. (*Más azorada todavía.*) — He venido... a... traerle a usted...

ALB. (*Tristemente sorprendido.*)—¿Por qué no me tuteas? (*Se le acerca.*) ¡Juanita!... Chiquilla!

JUA. (*Abrazándole con arranque repentino.*)—¡Alberto!

ALB. (*Acariciándola.*)—¡Alma mía! ¡Cuánto te agradezco que hayas venido. Porque te esperaba, ¿sabes?, te esperaba..., no sé por qué..., pero tenía la seguridad de verte... Nina..., ven a mi lado..., siéntate...

HIL.—Oye tú. (*A Carlos.*) ¿Te parece que nos marchemos?

JUA. (*Viéndolos.*) — ¡Ah! Perdonen ustedes... Enhorabuena, don Carlos..., lo mismo digo, don Hilarión...

HIL.—Hilario..., Hilario..., o Hilariete..., como antes; lo mismo que antes...

JUA.—¡Qué tristes están ustedes!

CARLOS.—¡Cómo pueden estar unos moribundos!

ALB.—¿Por qué no has venido antes?

JUA.—No me atrevía..., no me atrevía... Creí que usted..., digo que tú...

ALB.—Que tú..., que tú..., ven. siéntate..., háblame... mucho...

JUA.—En cuanto me dijeron que te marchabas, no pude resistir más, quise verte...; pero luego..., en la escalera..., tuve miedo..., y quería volverme a marchar.

ALB.—¡Pero, hija, si has hecho perfectamente en venir! ¿Ves? Ahora me marcharé más contento porque te he visto...

HIL.— Yo también me marcho...

JUA.—¿Usted también?

HIL.—¡Desgraciadamente!

JUA.—¿Por mucho tiempo?

HIL.—¡Quién sabe!... Y... aunque vuel-

va algún día, ya no seré el Hilariete de antes...

CARLOS (*Aparte, a Hilario.*)—No seas imbécil, hombre, déjalos hablar. (*Carlos e Hilario permanecen a la derecha de la escena mientras Alberto y Juanita se sientan a la izquierda.*)

JUA.—He salido del taller media hora antes con un pretexto, para venir a verte...

ALB.—Deja que te mire..., no has cambiado nada... ¡Siempre la misma! Siempre con esa carita mía tan linda.

JUA.—Calla..., calla, que estoy desesperada.

ALB.—¿Nada menos? ¿Por qué?

JUA. (*Tapándose la cara con las manos.*) ¡Te vas!

ALB.—¡Y pensar lo dichosos que hubiésemos sido estos dos últimos meses!

JUA.—¡Dios mío! ¡Dos meses sin verte... sin hablarte, sufriendo lo indecible, no lo sabes tú bien! Al pasar por delante de tu portal, pensaba... ahora subo..., le doy un abrazo muy apretado, muy apretado, y de seguro hacemos las paces... Pero al llegar... me faltaba valor y me iba al taller con el corazón más apretado. Y al salir, por las noches, veía la luz de esa lámpara y me parecía estarte viendo inclinado sobre tus libros, y... ¡mira qué cosa!, eso me consolaba un poco, porque era señal de que no te distraía ninguna mujer.

ALB.—¿Pues y yo? Mira, cuando estaba estudiando todas las noches, hacia esa hora precisamente, pasaban por la calle dos muchachos cantando:

"¡La juventud se marcha,
nunca volverá!"

Y no podía menos de pensar en ti, que tampoco volvías.

JUA.—Todas las noches hacía yo una escapatoria hasta la fotografía aquella de la calle Ancha, cerca de la Universidad, donde tienen colgado en el escaparate un cuadro con los retratos de todos los que termináis la carrera este año, y allí me quedaba unos cuantos minutos, comiéndome el retrato con los ojos. La gente pasaba, me empujaba, y yo allí quieta, sin reparar en nada más que en ti. Y ahora te vas..., y pronto quitarán el retrato también... ¿Y qué haré yo entonces, Virgen Santísima, qué haré?...

ALB.—Te mandaré yo uno; descuida, chiquilla. Di, ¿quieres un retrato mío?

JUA.—¡Ay, sí, sí!

CARLOS.—¡Cualquiera diría, al verlos, que éstos son aquellos tortolillos tan alegres de otro tiempo!

HIL.—El flujo y... reflujo... Dame un cigarro.

CARLOS.—No llevo.

HIL.—Oye, Alberto: ¿tienes un pitillo?

ALB.—No.

HIL.—Pues voy por una cajetilla y vuelvo. (*Sale por el foro.*)

JUA.—¡Lo que te he buscado por todas partes; pero, ¡quiá!, no te encontraba nunca!

HIL. (*Saliendo rápido.*)—¡Tu padre y tu madre suben!

ALB.—¡Demonio! ¿Qué hacemos con Nina?

JUA.—¡Ay, qué vergüenza! ¿Dónde me escondo?

CARLOS.—En ninguna parte; quédese usted aquí. ¿Cree usted que van a comérsela?

HIL.—¡Vamos, pronto! (*A Alberto.*) Discurre algún embuste para justificar su presencia.

ALB.—¡Si fuese estudiante todavía, quién sabe cuántas cosas se me hubiesen ocurrido ya!

ESCENA V

DICHOS; DOÑA TERESA y DON ANTONIO. *Alberto sale al encuentro de sus padres.*

ANT. — ¡Gracias a Dios que estamos en casa!

ALB. (*Besando a su madre.*)—¿Hoy se ha prolongado un poquito el paseo, eh?

TER.—¡Pero qué hermoso es este Madrid, hijo mío!

ANT.—¿Qué es eso de hijo mío? ¡Ahora hay que llamarle señor doctor!

TER.—¡Qué guapo te has puesto, alabado sea Dios! (*Besándole.*)

ALB.—¡Mamá!

ANT.—A ver, a ver, vuélvete. (*A los demás.*) ¿Verdad que tiene facha de médico?

ALB. (*Presentando.*)—Mi amigo Carlos Infante; ¿no recuerdan ustedes? También se ha doctorado hoy.

TER.—¿Médico también?

CARLOS.—No, señora; abogado.

ANT.—Enhorabuena, pollo.

TER.—¿Y esta señorita?

ANT.—Es verdad, ¿es alguna condiscípula?

HIL. — Sí..., efectivamente..., una compañera de clase...

ALB. (*A su madre.*)—Pero, quítate el sombrero, mamá... (*Ayudándola.*)

TER.—¡Ah! ¿Pero también estudian medicina las muchachas?

HIL.—¡Vaya!

ANT.—¡Claro, mujer! ¿No lo has leído en los periódicos?

ALB. (*Presentándolos a Juanita.*)—Mis padres.

ANT.—Orgulloso de conocerla, señorita..., y le doy a usted mi enhorabuena por sus estudios. (*A Alberto.*) Oye; ¿esta señorita es la que nos decías en tus cartas que te ayudaba a estudiar?

JUA. (*Conmovida, mirando a Alberto.*)—¡Ah! ¿Les ha hablado usted de mí?

TER.—¡Ya lo creo! ¡Siempre! (*Carlos, Alberto e Hilario se miran.*) Y no sabe usted lo que me gusta conocerla... para que me hable usted de mi Alberto, para que me cuente usted lo que hacía..., lo que estudiaba. ¿Verdad que mi hijo vale mucho?

JUA.—¡Ya lo creo, muchísimo!

ALB. (*Bajo, a Juanita.*) — ¡Por Dios, no estés así!

ANT.—Y diga usted. ¿No le hacen mal efecto los hospitales..., las autopsias?...

JUA.—Sí...; al principio, sí...; luego se va una acostumbrando..., ya comprenderá usted...

ANT.—¿Y va usted a dedicarse a la cirugía o la medicina?...

JUA. (*Mirándole extrañada, después de un corto silencio.*)—Pues... un poco a cada cosa.

HIL.—Lo que más estudia es la frenología.

TER.—¡Ah!

JUA.—Eso es..., sí..., sí..., la fre..., sí, es un estudio que me encanta.

HIL.—A medir los cráneos, eso es.

ANT.—Pues ya que estamos casi en familia..., te haremos solemne entrega del obsequio. (*Le da un reloj y cadena de oro.*) Toma: seis años hace que lo compré y tenía unos deseos locos de entregártelo. ¡Seis años en nuestra casita del pueblo contando hora por hora, minuto por minuto, la llegada de este día!... ¡Día dichoso que no amanecía nunca! Tenía tanto miedo de morirme sin verte con tu carrera terminada!

TER.—¡Ya sabes cuántos sacrificios hemos tenido que hacer!

ALB. (*Abrazándolos.*) — ¡Mamá!... ¡Papa!...

ANT.—¡Un abrazo, señor doctor! ¡Qué bien suena esto de doctor!

TER.—Y ahora ten mi regalo. Lo acabamos de comprar. Este no es recuerdo de nuestra impaciencia, pero quiero que lo sea de nuestra alegría. (*Le da una sortija.*) ¡No te la quites nunca, hijo mío!

ALB.—¡Mamá, qué ocurrencia! (*La abraza, y ella llora.*)

ANT. (*Acercándose a Juanita, secándose las lágrimas.*) — Siempre conmueven algo estas tonterías, ¿eh? ¡Usted dispense, pero!... (*A su mujer.*) ¡No llores, tonta! (*Llorando él.*) ¡Si el motivo es más bien alegre...; ríete... ríete, como yo!

TER.—¡Ah! (*A Alberto.*)—Se me olvidaba decirte que en la maleta te traigo una torta de aquellas que tanto te gustan.

ALB.—¿Sí?

ANT.—Si vieras con cuántos deseos te esperan allí! Tu prima te ha bordado una cartera preciosa... ¡Ya verás, bordada en oro

JUA.—¿En oro?

TER.—Un primor. (*Juanita baja los ojos.*)

ALB.—Bueno, vamos al comedor.

TER.—Sacaremos la torta; con eso obsequias a estos señores. ¿Te parece?

ALB.—¡Ya lo creo!

HIL. Y CARLOS.—¡Muchas gracias!

ANT.—Pues andando...

ALB.—Hilario, ve con ellos... Ahora iremos nosotros.

HIL.—¡Con mil amores!

CARLOS.—Yo voy también.

TER.—¡Que no tardéis mucho!...

ANT.—¡Vamos, mujer; no creas que te van a quitar tu doctorcillo! (*Salen todos por la lateral. La escena va quedando a oscuras poco a poco.*)

ESCENA VI

JUANITA *y* ALBERTO

ALB.—¡Pobrecillos!

JUA.—¡Qué contentos están! (*Levantándose.*) Bueno..., te dejo con ellos.

ALB.—¿Ya te vas?

JUA.—No tengo más remedio.

ALB.—Espérate un poco.

JUA.—Ya es tarde... Mi madre me estará esperando..., me tengo que marchar...

ALB.—Oye..., Juanita. (*Cogiéndola la mano.*) ¡Me marcho! Mañana me marcho... ¿Pensarás en mí alguna vez?

JUA.—Sí. (*Mirando a otra parte.*)

ALB.—Yo también... ¡Pensaré siempre, siempre en mi Juanita de mi alma!... ¡Tú serás el mejor de mis recuerdos! ¿No lo sabes? Nunca podré olvidar... nuestros paseos... en primavera..., cuando era tan bonito quererse..., y en otoño..., bajo los árboles... ¿Te acuerdas cuántos besos?

JUA.—¡Y todo el que pasaba mirándonos!

ALB.—¡Y a nosotros sin importarnos un comino!

JUA.—¿Y aquellas excursiones de los domingos.... cuando volvíamos al anochecer cantando.... tan juntitos.... del brazo?...

ALB.—¡Y tan apretaditos!, ¿verdad?

JUA.—¿Por qué te vas, Alberto?

ALB.—Porque así es la vida... Mis padres ya son viejos... Les ha costado tanto mi carrera... ¡Y ahora tengo yo que ayudarles a ellos!

JUA. (*Con lágrimas en los ojos.*)—¡No te vayas, Alberto; no te vayas! ¡Te lo pido por Dios! ¡Te quiero tanto!

ALB.—Ahora nos parece que nos queremos infinitamente..., y luego todo pasa..., ya verás cómo pasa. Tú la primera te olvidarás de todo..., serás feliz..., te casarás con un hombre bueno, honrado...

JUA.—¡No me digas eso!

ALB.—Que te querrá tanto como yo te he querido..., ¡quién sabe! Dentro de muchos

años, si acaso nos volvemos a encontrar..., puede que tú ya ni me conozcas..., tendrás hijos...

JUA.—No, no. ¡No hables así! ¡Me da mucha pena que digas esas cosas!

ALB.—Pero ¿por qué, Juanita, por qué?

JUA.—¡Porque sí! ¿Qué va a ser de mi vida sin verte? ¡Sin que me esperes al salir del taller!... ¡Sin poder hablar de ti con mis compañeras mientras estemos trabajando! ¿Qué voy a hacer yo? ¡No te vayas!

ALB.—¡No llores, chiquilla!... ¡Chiquilla! (*La acaricia y la abraza.*) Me voy a acordar de ti todas las mañanas. Cuando me despierte me parecerá que te veo a la puerta de mi cuarto dándome los buenos días. (*Imitando la voz de ella.*) ¡Buenos días, Alberto! ¿Has descansado, corazón? (*Casi llorando él también.*) Pero será un sueño..., no estarás allí. ¡No llores, no llores! ¡Quién sabe si volveré! Después de todo no tendría nada de particular... ¿Quieres tú que vuelva? ¡Pues volveré!

JUA.—No digas eso... De sobra comprendo que no puede ser... Tu posición es tan distinta a la mía... Tú eres un médico..., yo una modistilla...

ALB.—¡Qué tonterías dices! Después de todo, entre tú y yo, ¿qué diferencia hay?

JUA.—De sobra comprendo yo ciertas cosas... Todas las comprendemos, y sin embargo, os hacemos caso... y consentimos en ser novias vuestras... Pero el que no podamos llamarnos a engaño, no quita para que tengamos mucha pena...

ALB.—Sé buena, Juanita..., límpiate esas lágrimas... ¡No quiero ver tristes esos ojos bonitos! Escríbeme... ¿Verdad que alguna vez me escribirás?

JUANITA (*Acercándose y llorando.*)—¡Sabe Dios cuántas barbaridades pondré en las cartas! ¡Apenas sé coger la pluma! (*Sin volverse.*) ¡Tenerme que marchar sabiendo que no te vuelvo a ver en la vida... y que mañana mismo te vas... tan lejos!... (*Desde la calle llega el canto de la siguiente copla, entonada por dos voces.*)

VOCES.
La juventud se marcha,
¡nunca volverá!
El amor que se pierde,
¿quién le encontrará?

(*La copla se repite más lejos.*)

JUA.—¡Alberto!

ALB.—¿Qué quieres, alma mía?

JUA.—Quería darte una cosa..., una cosilla que no vale nada... y que te había prometido...

ALB.—¿Qué es?

JUA. (*Desdoblando un papel.*)—No será tan bonita como la de tu prima..., de seguro... Es una cartera con tus iniciales...

ALB.—¡Nina!

JUA.—La he bordado..., y por eso espero que la gastarás..., aunque...

ALB.—¡Ya lo creo! ¡No faltaría más, chiquilla, vida mía! (*Coge la cartera.*)

JUA.—Adiós, Alberto... (*Reprimiendo el llanto.*) Que lleves buen viaje.

ALB.—¡Adiós, Nina! ¡Adiós, amor mío!

JUA.—Escríbeme tú...

ALB.—Sí..., te lo prometo... (*Juanita le mira, como besándole con los ojos, vacila, duda y se marcha lentamente con el deseo de besarle en los labios y las lágrimas quemándole los párpados.*) Adiós.

ESCENA ULTIMA

ALBERTO e HILARIO

HIL. (*Entra por la derecha, llevando un plato con un pedazo de torta.*)—¡Aquí traigo un pedazo de torta! ¡Está más rica! ¿Quieres?

ALB.—Sí.

HIL.—¿Se ha marchado?

ALB.—¡Pobre Juanita!

HIL.—Vamos, hombre, vamos... ¡Animo, qué demonio! (*Le da un abrazo. Luego se mete un pedazo de torta. Habla comiendo y medio llorando.*) ¡No hay que enternecerse... por tan poca cosa! (*A lo lejos se oye otra vez la copla.*) ¡Adiós, alegría! ¡Adiós, juventud! ¡Adiós! (*Telón rápido.*)

FIN DE LA OBRA

Enrique Tedeschi

y Ricardo G. del Toro

Imp. de ALREDEDOR DEL MUNDO, Martín de los Heros, 65.


NEUTRÁCIDO
ESPAÑOL
VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.
Remedio seriamente científico y *único en el mundo*, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). *No contiene* los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAINA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. *No produce* estreñimiento y *lo suprime* totalmente. *Cura*, así, el *exceso* como *la falta* de ácidos. *No obliga* al régimen lácteo y permite en breve plazo *comer de todo*, con digestión perfecta. *No tiene* sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.
Frasco 6 pesetas
También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas
El notable médico de San Fernando (Cádiz), doctor José González Camoyano, dice en su informe:
.. *«Neutrácido Español» es el producto más original en la terapéutica del aparato digestivo y sus efectos sobre los más variados casos en que lo he ensayado, me inducen a calificar este específico de muy científico y nuevo por su composición, y maravilloso, por sus efectos*
Solicite Vd. del concesionario exclusivo D. José Marín Galán,
Arjona 4.—Sevilla, *un notabilísimo y lujoso folleto que le será remitido gratuitamente.*



LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD
100 K.
V. TIENE UN PESO EN EL ESTOMAGO
Sus digestiones son largas y dolorosas
V. siente mareos, vertigos, ardores
Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del
DIGESTIVO Jost EN PEQUEÑOS SELLOS
ES EL REY
contra todas las enfermedades del estomago
DIGESTIVO
Jost
ASEGURA
UNA BUENA DIGESTIÓN
Y CURA TODAS LAS
ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
EN CAJAS DE { Un sello 0,30
12 sellos 3,00
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID



PECHOS
DESARROLLO, BELLEZA y ENDURECIMIENTO EN DOS MESES con
PILDORAS CIRCASIANAS
Dr. Brun. Inofensivas. Aprobado por eminencias médicas. ¡32 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 ptas. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN SEBASTIAN, Elzaurdy, Tornero; MURCIA, Selquer; VIGO, Carrascal; MALLORCA, «Centro farmacéutico»; ALICANTE, Aznar; CORUÑA, Rey; SANTANDER, Sotorrio; SEVILLA, Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandiarán; HABANA, Sarrá; TRINIDAD, Bastida; PANAMÁ, «Farmacia Central»; CIENFUEGOS, «Cosmopolita»; CARACAS, Daboin; QUITO, Ortiz; MANAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA, Acosta-Madiedo; PUERTO RICO J. Combas Peyork; MANILA, Juan Gaspar, Mendoza, 150.-Mandando 6'50 pesetas sellos a Pousarxer, Viladomat, 104, Apartado 481, BARCELONA, remítese reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito.
DESCONFIAD DE IMITACIONES